STAR WARS

HOLOCRÓN

DIARIO DE UN JEDI



SANTIAGO BENÍTEZ (GARDEK MON)

Sigue las aventuras y desventuras de Delan Paciel. Una historia apasionante relatada mediante anotaciones que simulan grabaciones personales y que comienza con la pérdida de su maestro en una misión en Geonosis.



Holocrón

Diario de un Jedi

Santiago Benítez



Título original: *Holocrón: Diario de un Jedi*

Autor: Santiago Benítez Buitrago (AKA Gardek Mon)

Publicado originalmente en loresdelsith.net y holored.com

Publicación del original: 2004-2007

de 22 años a poco antes de la batalla de Yavin

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

27.04.18

Base LSW v2.22

Declaración

La Fuerza es lo que da a un Jedi su poder:

es un campo de energía creado por todas las cosas vivientes;

nos rodea, penetra en nosotros y mantiene unida la Galaxia.
OBI-WAN KENOBI

Mediocre alumno el que no sorprenda a su maestro.
LEONARDO DA VINCI

[GRABACIÓN 00.000.01]

Se oían explosiones por todas partes. El calor era sofocante. Pero mucho peor era la humareda que impedía ver a nuestro alrededor.

A duras penas conseguía calmar mi pánico y concentrarme… Con esfuerzo, conseguí suplir la carencia momentánea de visión y sentir con la Fuerza todo cuanto me rodeaba: mi Maestro Jedi wookiee, la guarnición de soldados clon que nos escoltaba, el piloto, los artilleros y la cañonera de la República en la que viajábamos. Podía incluso sentir a los cientos de Jedi y miles de soldados clon de la República Galáctica y droides de la Confederación Separatista de Planetas, luchando cientos de metros por debajo de nosotros.

«*Estamos llegando*», oí murmurar a mi Maestro.

—Estamos llegando —confirmó el piloto clon desde su cabina.

Ahora yo también podía sentir lo que un momento antes había sentido mi Maestro: millares de geonosianos ocultos en las catacumbas de Geonosis.

Aquello era como una enorme presencia, pues eran miles de cuerpos con una misma mente. Todos se movían con el mismo objetivo, aunque éste difería según el clan y la casta a la que perteneciese cada individuo.

Por un momento me sentí orgulloso de mí mismo, pues había logrado sentir lo mismo que mi Maestro tan sólo un instante después. Y era un wookiee muy poderoso en la Fuerza, por lo que aquello era ya un gran logro. Había pasado muchos años entrenándome para acercarme siquiera a la conexión con la Fuerza que poseía mi Maestro, y estaba ahora muy cerca de conseguirlo. No obstante, del éxito de aquella misión dependía mi ascenso al rango de Caballero Jedi. El Maestro Windu estuvo de acuerdo en aceptar el resultado como equivalente de las Pruebas, y no pensaba decepcionarle.

—Maestro Kalraosrrook —dijo el piloto clon—, deberemos descender y aterrizar ya, si no queremos que nuestra posición sea descubierta.

«*De acuerdo. Comience el aterrizaje*», contestó el Maestro Kalraosrrook.

Suponía que, o bien los clones habían sido instruidos en el shriiwook, el idioma wookiee, o bien los cascos poseían traductor simultáneo, pues el piloto cumplió la orden inmediatamente, sin dudar un instante del significado de aquellos gruñidos y ladridos. Por mi parte, yo no necesitaba traductor alguno, ya que el shriiwook era prácticamente mi segunda lengua, después de mis años de entrenamiento con mi Maestro wookiee.

La cañonera no llegó a posarse en el suelo rocoso de Geonosis. En cambio, flotó a menos de un metro del suelo gracias a sus repulsores. Un momento después, la humareda se asentó y pude ver a mi alrededor: habíamos dejado la batalla muy atrás. Ahora nos encontrábamos en el punto en el que los escáneres de la República indicaban la localización de unas catacumbas en las que se suponía se escondían miles de geonosianos, ocultando consigo sus armas y, quizás, alguno de sus dirigentes.

No nos sentimos observados, por lo que bajamos de la nave de un salto, seguidos de nuestra escolta. El piloto, siguiendo las órdenes del Maestro Kalraosrrook, volvió a despegar, alejándose lo necesario para no ser detectado y ser capaz de regresar rápidamente, en caso de ser necesaria nuestra evacuación.

Los soldados clon aguardaron pacientemente hasta que el Maestro Kalraosrrook encontró la entrada a las catacumbas, oculta bajo el polvo y la arena de color anaranjado. Usando la Fuerza, la abrió. La roca crujió y se partió en infinidad de trozos, destruida desde su mismo interior.

De repente, sentí algo que hizo estremecerse la Fuerza a nuestro alrededor. Un peligro. Muerte.

—Maestro, tengo un mal presentimiento.

Por una vez, mi Maestro hizo caso omiso de mis presentimientos. Estaba demasiado concentrado lanzando una sonda mental que le permitiese ver lo que ocurría a través de los pasadizos excavados en la roca. Sin más opción, ignoré mi presentimiento e imité a mi Maestro. Con un poco de concentración, logré ver mentalmente los miles de zánganos geonosianos que abarrotaban las catacumbas. Algunos corrían inquietos por los pasillos, mientras otros descansaban hacinados en las paredes… otros custodiaban algo.

El Maestro Kalraosrrook me miró, con una expresión que era mezcla de preocupación y esperanza.

—Yo también lo siento —respondí a su gesto.

Era una estructura gigantesca de metal, pero toda aquella presencia y movimientos enturbiaban nuestra percepción. De todas formas, habríamos de llegar hasta allí si queríamos presentar un informe detallado al Consejo Jedi.

Teníamos que cerciorarnos de a qué nos enfrentábamos, cuál era la naturaleza de aquella amenaza.

Mediante un ladrido sordo ordenó avanzar e internarnos en las catacumbas. Había encontrado un camino directo que bajaba por aquel laberíntico entramado de pasillos y que nos llevaba hasta la superestructura metálica. Yo entré tras él y los soldados clon nos siguieron. Allí dentro el calor era sofocante y el aire, una mezcla entre humedad y polvo, impedía respirar.

Aún mantenía esa sensación de peligro inminente, pero por el momento no podía hacer más que avanzar y mantenerme alerta como el resto del comando.

Conforme descendíamos por aquellos angostos pasillos sin decoración, la escasa luz que entraba por la brecha abierta iba agotándose, desapareciendo al ser engullida por la oscuridad más absoluta. Los soldados clon confiaban ahora su visión a los potenciadores de luminosidad de sus cascos, mientras que nosotros hacíamos lo propio con la Fuerza.

No había más que oscuridad y silencio. Demasiado silencio. Parecía que un agujero negro había absorbido cualquier resquicio de luz y sonido de aquel lugar. Tal vez la humedad había congestionado mis oídos. En todo caso, ni siquiera nuestros pasos emitían un sonido. Incluso se había dejado de oír el característico crujido de las armaduras de los soldados clon.

De pronto, y cada vez más frecuentemente, una bocanada de aire fresco nos sorprendía desde uno de los laterales, o de ambos, cuando el pasillo se bifurcaba en dos o tres pasadizos.

A cualquiera de nosotros nos hubiese gustado seguir aquellos caminos para refrescarnos y dejar así de sudar un rato. Pero aquellas corrientes de aire significaban, al menos, dos cosas: o bien conducían a una salida al exterior, o bien servían de conducto de ventilación hacia las estancias de los geonosianos. En ambos casos, nuestra búsqueda concluía. No había, pues, otra opción que seguir nuestro propio camino por aquel sofocante pasillo. Si nuestra percepción de la Fuerza no nos engañaba, nos conduciría al lugar donde se encontraba oculta la superestructura metálica que buscábamos.

Cada vez tenía más clara su forma: era vagamente cilíndrica. Cuanto más nos acercábamos, más me recordaba a un sable láser. Pero debía de ser gigantesco, por la cantidad de materia metálica de que estaba formado.

De repente, el Maestro Kalraosrrook ordenó a nuestra escolta clon que esperara en alerta. Instintivamente, le seguí. Cruzamos una ráfaga de aire que cruzaba nuestro pasillo lateralmente, saliendo de una abertura en el lado izquierdo y continuando su refrescante camino por el de la derecha. Giramos sobre nuestros talones, mirando de frente a los soldados clon.

Ya se podían oír los gorgoteos, chasquidos y gruñidos de un pequeño grupo de geonosianos. A estas alturas, podíamos percibir claramente a los tres soldados que venían en nuestra dirección por el pasillo de la izquierda.

Estaban nerviosos, pero en verdad se sentían seguros entre aquellas rocas excavadas, a salvo de la batalla que se libraba a cientos de metros, allá en la superficie del planeta. Aquella guerra no les incumbía directamente. Ellos sólo construían las armas; no habrían de blandirlas. Eso era cosa de los droides.

En medio de aquel animado parloteo, cruzaron nuestro pasillo.

Antes de que supieran que estábamos allí, rodeándoles, cayeron simultáneamente; los dos primeros, cortados en por la mitad por nuestros sables y el tercero, acribillado por los láser de los clones.

Todos dispararon al unísono al mismo objetivo, por lo que sólo se oyó un único disparo, ahogado por la sofocante humedad que nos rodeaba. Estaban bien entrenados, no cabía duda. Aún así el sonido habría continuado por el pasillo ventilado, por lo que debíamos de aligerar la marcha para asegurar nuestro regreso por aquel pasillo.

Cuatro o cinco bifurcaciones más abajo, un punto de luz apareció al final del pasadizo. El suelo y las paredes comenzaron a iluminarse progresivamente con una tenue luz rojiza, mostrando un pasillo lleno de tierra y polvo tan poco trabajado como cuando comenzamos a andar por él.

Finalmente, vimos el primer control geonosiano desde que nos infiltramos. Al parecer, se sabían demasiado seguros en aquellas profundidades como para pensar que alguien llegara tan lejos. Era sólo un pequeño control que impedía el paso a los trabajadores no autorizados, formado por sólo dos soldados geonosianos con sus

respectivos blásters sónicos. Sólo había que deshacerse de ellos, y llegaríamos a nuestro destino.

Estaban de espaldas a nosotros, al otro lado de la salida del túnel de roca, más pendientes de lo que pudiera salir de aquella estancia que de lo que pudiera entrar. Sería un ataque por sorpresa.

De pronto, volví a percibir aquella sensación de peligro en la Fuerza, esta vez amplificada y mucho más apremiante que antes. Mi Maestro también lo sintió. No podíamos arriesgarnos a acabar con aquella guardia. Nos miramos fijamente y trazamos mentalmente el mismo plan. No pudimos tardar menos en llevarlo a cabo.

Mientras con señas les indicaba a los soldados clon que nos siguieran, el Maestro Kalraosrrook provocó una perturbación en la Fuerza al otro lado de los guardias geonosianos. Éstos miraron con recelo hacia allí, creyendo haber oído algo, y optaron por asegurarse de que no era una amenaza. Por mi parte, creé una *burbuja* de calma en la Fuerza alrededor de nosotros, ocultándonos de cualquiera que no mirara fijamente en nuestra dirección. Y nadie tendría una razón para hacerlo, pues nadie sospecharía de nuestra presencia.

Seríamos invisibles a los sentidos del mundo exterior.

Con la entrada libre, entramos en la sala y avanzamos pegados a los laterales, donde se apilaban cajas de plastiacero que contenían piezas y herramientas. La sala era circular, de unos 4 pisos de alto y con un diámetro de unos 30 metros estándar. Nada más entrar, encontramos un panel de control en el centro, más alto que mi Maestro Wookiee, que ocultaba parte de la superestructura que andábamos buscando. Con un simple vistazo pudimos intuir de qué se trataba: un superláser de inmensas proporciones. El diámetro de aquello era de casi 4 veces un ser humano y, por las lecturas y esquemas del panel de control, debía extenderse varias decenas de pisos por encima y por debajo de nosotros. También pudimos comprobar que el arma, aunque aún era un prototipo, estaba en perfecto y completo funcionamiento. Pero todo fue muy rápido; y todo fue por mi culpa.

Quizá fue por el sentimiento de impotencia que me embargó al anticipar los acontecimientos. Si aquella arma llegaba a usarse en una batalla… Aquello no fue creado para destruir un ejército; aquello fue creado para destruir un planeta entero. Todo lo que infinidad de generaciones habían luchado y sufrido por construir… Tanto esfuerzo, para nada. Miles, millones de vidas se perderían en un instante, en un solo ataque.

Aquel curso de pensamientos me hizo perder la concentración, y la burbuja de calma en la Fuerza se esfumó. Así, tanto los clones como mi Maestro y yo mismo quedamos desprotegidos y a la vista de todos, en mitad de una sala llena de trabajadores y técnicos geonosianos.

Éstos dieron la alarma automáticamente. No tuve otra oportunidad de crear una nueva burbuja de calma. No tenía sentido. Ya nos habían descubierto. Pasó el tiempo del subterfugio; era hora de las armas. No podía hacer otra cosa que concentrarme en defendernos y huir. Pero las descargas sónicas de las armas geonosianas no podían ser desviadas por nuestros sables láser. Todo el mérito de nuestra defensa fue de nuestra

escolta. Abatieron a casi una docena de guerreros geonosianos, mientras corrían junto a nosotros hacia la salida. Nosotros, corriendo con los sables encendidos, también nos llevamos por delante a una buena cantidad de aquellos seres que nos impedían la salida. Y cuando no estaban a nuestro alcance, le lanzábamos objetos o nuestros propios sables, con la Fuerza.

El teniente clon ya había alertado a nuestro transporte para la evacuación. Estaría esperándonos a la salida.

Giré la cabeza al sentir la muerte de dos de nuestros soldados clon, y no sólo pude ver sus cuerpos caer sobre el suelo rocoso y mal iluminado, sino también a un técnico geonosiano cumpliendo órdenes estrictas: estaba poniendo en funcionamiento el superláser que tanto temía.

Por un momento, un resplandor verde lo inundó todo de luz.

La explosión que le siguió fue igualmente poderosa.

Súbitamente, todo se llenó de polvo y los cascotes de roca comenzaron a llover, acompañados por un creciente sonido de resquebrajamiento. La frágil roca geonosiana hubiese cedido con mucho menos que aquella enorme explosión. Ahora, el techo se derrumbaba sobre nosotros.

Corrimos como nunca lo habíamos hecho. Corrimos por nuestras vidas.

Aquel oscuro pasillo ascendente parecía mucho más largo que al bajar por él. Con gran estruendo, el techo se unía al suelo que acabábamos de pisar, llenándolo de escombros y agrietándolo bajo nuestros pies. Detrás de nosotros solo sentía muerte y destrucción.

De pronto, un punto de luz anaranjada nos cegó, pero no dejamos de correr, sino que aceleramos aún más el paso.

Durante aquella carrera mortal pensé en más de una ocasión proponer a mi Maestro la posibilidad de usar la Fuerza para aumentar nuestra velocidad.

Pero una y otra vez descartaba esa opción, pues teníamos que asegurarnos el menor número de bajas posible, por lo que no podíamos dejar a nuestros soldados clon, que tan bien nos habían servido, atrás.

Para cuando la luz de la entrada lo iluminaba todo, era ya necesario esquivar los cascotes de piedra que saltaban por doquier. Aquello se caía a pedazos, con nosotros dentro.

Enmudecido con el estrépito, el sonido de la cañonera de la República auguraba nuestro rescate. Y su mera visión al salir de aquel agujero fue de lo más tranquilizadora.

La cañonera no pudo acercarse demasiado al suelo arenoso, pues el ejército geonosiano ya estaba alertado de nuestra presencia y varios cazas se acercaban a nuestra posición.

Impulsado por la Fuerza, salté al habitáculo del transporte, para así ayudar a subir uno a uno a los clones. Cuando sólo quedaba uno y mi Maestro, la presencia de los cazas geonosianos se hizo evidente. Las explosiones ya se oían a nuestro alrededor, peligrosamente cerca.

Fue entonces cuando sentí la muerte más cerca que nunca.

Creo que lo vi venir, pero el pánico nuevamente me paralizó y no se me ocurrió cómo evitarlo. Sólo pude gritar «¡Maestro!», mientras agarraba fuertemente el brazo armado del último soldado que quedaba en tierra y lo subía lo más rápidamente que pude.

El Maestro Kalraosrrook se había librado por centímetros de la explosión láser procedente de uno de los cazas que nos sobrevolaban, pero la lluvia de escombros lo cubrió casi por completo, impidiéndole evitar hundirse por la brecha del túnel que la explosión había abierto.

Mi Maestro Jedi quedó sepultado en vida y no pude hacer otra cosa que gritar con todas mis fuerzas con mi brazo extendido hacia donde unos instantes atrás había estado aquel grandiosos wookiee.

Debido al choque de la explosión, el piloto de la cañonera se vio obligado a alzar el vuelo para evitar chocar contra el suelo.

Así, nos alejamos del lugar con presteza, haciendo uso de nuestros misiles de impacto para abatir a los cazas enemigos que habían causado la muerte de mi Maestro, y siendo perseguidos por una nueva oleada de cazas.

[GRABACIÓN 00.001.00]

La noche caía en Mu'un V.

Vi alejarse la cañonera a través del cielo estrellado y crucé el bosque que me llevaba a la aldea que me serviría de hogar. La niebla comenzaba a crecer y pronto lo cubriría todo. Debía darme prisa para encontrar alojamiento.

Sé que no debía estar allí. Debía estar en Coruscant, y haber presentado el informe ante el Consejo Jedi. Pero me sentía enormemente culpable por la muerte del Maestro Kalraosrrook. Fue por mi culpa que todos quedamos al descubierto, a la vista de los geonosianos. Mi Maestro confió en mí para aquella tarea y yo cometí un terrible error que llevó en última instancia a su muerte. No podía presentarme ante el Consejo como si nada de aquello hubiera ocurrido, y mucho menos sin admitir que yo había sido el responsable.

No podía mentir, pero tampoco me veía capaz de admitir la cruda verdad. En aquellos momentos de angustia e impotencia, sólo podía pensar en mi expulsión de la Orden. Jamás sería un Caballero Jedi. El éxito de aquella misión habría supuesto mi nombramiento, pero muy al contrario, supuso mi caída.

Todos mis años de entrenamiento… perdidos.

… O no. Podía ser un Jedi. Aun fuera de la Orden. Pensaba como un Jedi; actuaba como un Jedi; luchaba como un Jedi. Seguía compartiendo la filosofía de la Orden, por lo que sentí la necesidad de proteger a los débiles, a los oprimidos. Por ello, elegí un planeta alejado, sin un Jedi Guardián para su protección. Yo sería su Guardián.

Ya no había rastro alguno de la cañonera. Los clones habían prometido no decir una palabra de aquella misión. Según su versión, los Jedi que los comandaban cayeron en la batalla… y no tendrían nada más que añadir.

Las calles estaban desiertas. Pocas casas estaban iluminadas. Me crucé sólo con un droide de mantenimiento que se encontraba reparando el alumbrado de un callejón. Para mi suerte, disponía de vocalizador y pude preguntarle por el hospedaje más cercano.

Seguí sus indicaciones y me encontré cruzando las puertas de una especie de taberna, cinco calles más abajo. Estaba atestada de todo tipo de seres, delincuentes o no, Decidí ocultar mi arma Jedi por el momento y pasar desapercibido.

Allí era tan difícil ver como a través de la niebla de afuera, tan cargado de humo estaba todo. Pero usar la Fuerza para despejar el ambiente hubiese sido un poco escandaloso, por lo que intenté llegar como pude hasta la barra y pedir algo.

Al apoyarme, toda la superficie de la barra se iluminó de azul, indicándole al camarero la presencia de un nuevo cliente. Se acercó con aspecto adormilado, pero al ver una cara nueva mostró más interés.

—Vaya, vaya —saludó el camarero—. Un forastero… ¿Qué va a ser?

—Una pinta de licor de frutas, por favor.

—Ajá —dijo éste, haciéndole una seña al MixRMastR, el droide camarero que colgaba del techo, que se dispuso a servirme mi pedido—. Y… ¿sería muy entrometido si le pregunto de dónde viene?

—La verdad es que sí —dije todo lo amablemente que pude, mientras cogía el vaso metálico que me proporcionaba el droide—, pero creo que no tengo inconveniente en decírselo: vengo de Coruscant.

—¿Y qué le trae a este apartado planeta? La República nunca se ha interesado por nosotros, y sólo los comerciantes se aventuran a venir por aquí.

¿Tiene algún negocio?

—A decir verdad, no. Yo sólo…

—¡¡*Manos arriba*!!

Un rodiano con muy mal aspecto estaba apuntando directamente a la sien del camarero con un bláster.

—Tranquilo, amigo —dijo éste con total serenidad, como si estuviese acostumbrado a ese tipo de incidentes—. Veamos, ¿qué ocurre?

—¡*Dame todo el dinero que tengas en caja*! —siguió ordenando en huttés.

Miré a mí alrededor. No vi que nadie se moviera de su asiento. De hecho, nadie parecía haberse percatado de aquello. No era de extrañar, la cortina de humo que nos rodeaba se unía al constante murmullo, por lo que todos estábamos ocultos de todos.

—¿*No me oyes*? ¡*Dame todo el dinero*!

Esta vez, dos o tres cabezas miraron hacia nosotros, pero sin conseguir ver nada. El camarero no hacía muestras de acceder a las exigencias del asaltante. Si no hacía algo, el rodiano le dispararía. Y no parecía que fuese la primera vez que lo hacía. Dispararía sin contemplaciones, a bocajarro.

No podía esperar más. Le arranqué el bláster de la mano y antes de que llegase a la mía, cayó hecha pedazos, desmontada en el aire mediante la Fuerza. No quería arriesgarme a mantener intacta el arma a su alcance. No le dio tiempo a reaccionar.

—No quieres atacarnos.

—*No quiero atacaros*.

—Quieres irte a casa y buscarte un trabajo decente.

—*Quiero ir a casa y buscarme un trabajo decente*.

Acto seguido, dio media vuelta y desapareció del local.

—¡Un Jedi! —dijo una voz mon calamari a mis espaldas—. ¿Quién lo iba a decir, eh, Ram?

—Yo mismo, Thaw —contestó el camarero con aires de suficiencia. Esas túnicas las suelen llevar los Jedi. ¿Dónde llevas tu arma, Jedi?

Retiré el borde de mi túnica, mostrando el sable que colgaba del cinto.

Ya no había razón para ocultarse.

—Mi nombre es Delan Paciel. Se me ha asignado vuestro planeta para ser vuestro Jedi Guardián, en misión de paz, por supuesto.

—¿Paz? —dijo Ram, sarcásticamente—. Aquí no estamos en guerra.

—Aún no… —comenté apesadumbrado.

—¿Traes malas noticias de Coruscant? —preguntó Thaw preocupadamente.

—Han comenzado las Guerras Clon.

—¿Has estado allí? —preguntó el calamariano con curiosidad.

—He luchado en la primera de las batallas, pero no será la última. La semilla de la guerra se extenderá por toda la galaxia y quiero asegurarme que al menos un planeta no será tocado por ella.

—¿Y qué piensas hacer, Jedi? —Thaw seguía con su irritante sarcasmo—. ¿Salvarnos a todos en caso de ataque?

—Haré todo lo que esté en mi mano —dije seriamente.

Tras un momento de silencio, Thaw comenzó a hablar:

—Eemmm… No nos hemos presentado debidamente. Yo soy Thawarpi Ralin, comerciante. Transporto mercancías de un planeta a otro.

—Contrabandista —resumí.

—Podrías decir eso —admitió el calamariano—. Pero mi negocio es legal.

—Yo soy Ramthura Lineec, propietario de este establecimiento… Por cierto, ¿tienes alojamiento?

—Acabo de llegar. Prácticamente, no tengo un crédito.

—Perfecto. De todas formas, aquí no valen mucho los créditos de la República. Te propongo trabajar para mí a cambio de alojamiento, alimento y un módico salario. ¿Qué te parece?

—¿Cuál sería mi trabajo?

—Te encargarás de la seguridad del local. Mis ingresos hasta ahora sólo han sido suficientes para costearme un droide camarero. Para mí sería impensable adquirir sensores de armas, alarmas o, aún menos, un droide de seguridad.

—Trato hecho —dije sin pensármelo mucho más.

—Tenía entendido —comentó Thaw— que los Jedi no aceptaban dinero ni poseían bienes materiales…

—… Mientras la Orden nos provea de cobijo y alimentos —concluí su frase—. Tengo mis razones para hacer lo que hago, créeme.

—¿Has huido? —inquirió el calamariano.

—No es asunto tuyo —respondí, herido.

Volvió a surgir el silencio entre nosotros durante un momento, durante el cual, el rumor ambiental subió considerablemente.

—¡Ejem! —tosió Ram, nerviosamente—. Bien, pues… Perfecto, entonces.

Toma esta tarjeta electrónica —dijo mientras tecleaba en ella una serie de dígitos—. Tu habitación es la D-28. Mientras trabajes para mí, puedes considerarla tu hogar. Allí encontrarás los horarios de las comidas y todo lo necesario para instalarte. Veo que no llevas equipaje. Eso simplifica las cosas.

Si necesitas cualquier cosa, pon la mano sobre la pared y nos comunicaremos holográficamente. La HoloRed sólo está disponible pagando un suplemento, lo siento. Me temo que, por el momento, seremos nosotros quienes te tengamos informado. En fin, sube, instálate y mañana firmaremos, ¿de acuerdo?

Después de un viaje tan largo y de una retahíla como aquella, nada me apetecía más que instalarme y dormir profundamente. Me despedí con un gesto y me dispuse a tomar el turboascensor al fondo del salón.

Antes de que me alejara demasiado, Ram me gritó:

—¡No duermas demasiado! ¡Quiero verte alerta!

[GRABACIÓN 00.001.01]

—¡Las tropas imperiales han entrado en el sistema!

El caos reinaba por doquier. La gente corría despavorida, intentando esconderse en sus hogares. La HoloRed había sido controlada desde hacía días por el recién surgido Imperio.

Durante los cerca de tres años que trabajé para Ram, nos habíamos enterado de la victoria republicana en las Guerras Clon, de las innumerables bajas Jedi, así como del creciente recelo hacia éstos. Del profundo respeto que se profesaba a la Orden Jedi, se había llegado a crear una opinión pública de temor y desconfianza. Era evidente la manipulación de la información, como en casos como los de la batalla de Cartao, en que el fatídico desenlace se inculpó a los Jedi, haciéndoles responsables de la muerte y destrucción ocasionada en un ataque suicida. ¡En nombre de la Fuerza! Cualquiera con dos dedos de frente sabría que los Jedi no hubiesen permitido aquella matanza. El respeto a la vida es una de las mayores directrices de la Orden. Aquella no era la solución diplomática que siempre se buscaba. Nadie podía creerse aquella versión de los hechos… Pero lo creyeron. Algunas voces clamaron justicia y raciocinio, pero fueron acalladas sutilmente en la mayoría de los casos, brutalmente en los peores.

Además, estaba la Orden 66… Nadie sabía con certeza cuántos Jedi habrían sobrevivido a aquella Purga Jedi, si es que había alguno más. ¿Qué habría sido del Consejo Jedi, de los grandes Maestros Jedi? Mace Windu, Plo Koon, Ki-Adi-Mundi… ¡El Maestro Yoda! ¿Qué habría sido de ellos? Y los padawans… Prefería no pensar en ello. Había sentido una gran perturbación en la Fuerza que indicaba lo peor, poco antes de que el Canciller Supremo de la República hiciera pública la supuesta rebelión y traición de los Jedi hacia la propia República y su propia persona.

Ahora, el recién autoproclamado Emperador Palpatine había desplegado sus tropas para «mantener el control y la seguridad» en todos los sistemas. Y le llegó la hora a Mu’un V, aquella luna que orbitaba entre el planeta principal, Hi’isp, y su mayor luna, Si’is II.

No era por su interés económico, pues no poseía grandes industrias ni atraía turismo de ningún tipo. A decir verdad, se le podría considerar como una simple luna-dormitorio, ya que allí abundaban las viviendas de los trabajadores de ambos planetas.

Era por el simple control de la población.

Eran súbditos y trabajadores en potencia, y no se iba a permitir ninguna posible rebelión. Había que reprimir cualquier intento antes de que surgiera la motivación. Aún más cuando eran colonos muun, especie partidaria de los Separatistas durante las Guerras Clon.

En pocas horas tomarían el control de Hi’isp y Si’is II, y no tardarían en llegar a Mu’un V. Había que evacuar sin demora, pues no todos estábamos dispuestos a ser gobernados por el Nuevo Orden.

Tan pronto como la HoloRed local se hizo eco de la noticia, Ram me avisó por el intercomunicador de mi habitáculo. En aquel momento me encontraba meditando en mi única hora libre del día, justo tras el almuerzo, la hora más apacible de la jornada, por lo que mis servicios eran menos necesarios. No tardó en subir para hablar conmigo directamente, pues desconfiaba ya de cualquier medio de comunicación. Las escuchas imperiales empezaban a ser usuales.

—Hay que salir como sea de aquí, Delan —apremió Ram nada más abrirle la puerta—. Y tú el primero. La cabeza de los Jedi está muy bien pagada y no pararán hasta eliminar al último.

—Pero, ¿y tu negocio, Ram?

—Soy un buen camarero. Cualquiera se pegaría por contratarme.

Probaré suerte en Tattooine. Allí conozco a un colega que quizá me ayude a encontrar un buen local. Wuher no es muy amable, pero trabajando en la cantina de Chalmun, la más conocida de Mos Eisley, no creo que tema que le vaya a quitar el puesto ni nada parecido. De todos modos, no pienso quedarme aquí, esperando a que el Imperio me expropie mi local. Tenía un comprador detrás desde hace tiempo y creo que le voy a dar una buena sorpresa. No sabe la que le espera. El problema es contigo. ¿A dónde irás tú?

—He de cumplir con mi cometido. Llegué a este lugar a defender a su gente. Me quedaré a luchar.

—Estás loco si piensas que podrás tú sólo con todas las tropas imperiales que lleguen al planeta. Nadie va a luchar a tu lado. Nadie puede luchar contra el Imperio. Es una locura. Ve con Thaw. Está ahí abajo, intentando reclutar a gente para su nave. El Imperio le ha expropiado su negocio por considerarlo ilegal. Pero él ha escapado en su nave y no va a cejar en su empeño por seguir adelante. Creo que es lo mejor para ti. Y si de verdad quieres ayudar a la gente de este planeta, ayúdalas a escapar como refugiados en la nave de Thaw. Él está dispuesto, ya lo hemos hablado. Me llevará en su nave a donde yo le pida. Es lo mínimo, después de tantas copas como le he apuntado en su cuenta y aún me debe —dijo Ram, guiñándome un ojo.

—Me parece buena idea, y dadas las circunstancias es mi mejor opción. Gracias por ser tan buen consejero, Ram. Ha sido un placer trabajar para ti.

—Y si quieres, puedes seguir haciéndolo. Pero me parece que el trabajo que te va a proponer Thaw te va a ser más atractivo que pasarte las horas tras la puerta de entrada, esperando a que algún borracho intente algo. Recoge tus cosas y acompáñame abajo. Date prisa. El Imperio no tardará en hacer acto de presencia.

Junto a la barra encontramos al calamariano charlando con un shistavanen de aspecto feroz, pero con similar actitud desinteresada ante la propuesta de Thaw. Al vernos llegar, aprovechó la situación para despedirse del calamariano.

—¡Hola, Delan! —me saludó Thaw mientras me daba la aleta en actitud amistosa—. Contigo quería hablar. Supongo que Ram te ha comentado mis planes…

—A decir verdad, he preferido que se lo explicaras tú mismo —aclaró Ram—. Sólo le he contado lo que el Imperio ha hecho con tu negocio.

—Bien, pues te explico: ahora que no tengo negocio legal, no tengo problema en dedicarme a lo que yo quiera, y dada la actitud del Imperio para con los comerciantes independientes, voy a cambiar mi política de manera radical. Devolveremos todo aquello que el Imperio usurpe. Contando, no obstante, con una pequeña parte por los servicios prestados a la comunidad.

Pero para ello necesito una tripulación para mi nave, pues mis tres colaboradores humanos han preferido unirse a la causa del Imperio y alistarse a la Armada. Es por ellos por quienes me encuentro ahora mismo en esta situación, y quizá algún día les dé su merecido. La pregunta es: ¿Estás dispuesto a unirte a mi tripulación?

—Es una causa noble —contesté—, por la que cualquier Jedi estaría dispuesto a dar su vida…

—Procura no decir eso en presencia de tanta gente. No creo que deba recordarte que los Jedi están siendo perseguidos por el Imperio. Supongo que habrás oído hablar del incidente del Templo Jedi.

—Estoy enterado de ello.

—Alertado estás. Intenta no encender tu arma a menos que sea necesario. Cualquiera estaría dispuesto a delatar tu presencia a las tropas imperiales —me aconsejó Thaw—. ¿Vendrás conmigo entonces? Nuestra primera misión será evacuar a los refugiados del planeta. Mi carguero mon calamari es lo suficientemente grande como para transportar holgadamente a cientos de personas y ya tengo una buena lista de gente que está dispuesta a salir de aquí.

—De acuerdo, ¿cuándo partimos?

—¡Ahora mismo! —gritó Ram, señalando la pantalla en la que la HoloRed local mostraba el desembarco de las tropas en Mu'un V—. En menos de una hora estándar estarán sobre nosotros.

—No —dije serenamente—. Ya están aquí.

De repente, de una patada se abrieron las puertas de la taberna. Con toda aquella conversación había tardado mucho en percibir la presencia de aquella guarnición de tropas imperiales. A causa del sobresalto, un rodiano inquieto sacó por instinto su arma y disparó a un soldado de asalto. Aquel error le costó la muerte instantáneamente, ya que los soldados abrieron fuego contra todo lo que se movía.

Al parecer, Ram era el único en el local que no portaba un arma, pues ningún otro se ocultó tras la barra, sino que comenzaron a disparar contra los soldados.

Siguiendo el consejo de Thaw, evité sacar mi sable de luz y le arrebaté con la Fuerza a un soldado imperial su bláster E-11. Esto lo dejó momentáneamente aturdido, instante que aproveché para dispararle y, con un gesto de la mano, empujar con la Fuerza al resto de la guarnición. El resto de clientes de la taberna disparó indiscriminadamente a los soldados que habían caído al suelo y salieron corriendo del local.

—Buen trabajo, Jedi —me felicitó Thaw—. Vas a serme muy útil. Ahora, salgamos de aquí.

—¿Está muy lejos tu carguero? —pregunté mientras salíamos corriendo a la luz del día y nos ocultábamos en los callejones cercanos, acompañados de Ramthura.

—Tengo al *Arrecife de Diamante* muy cerca de aquí, en un muelle de atraque que está tres calles más allá.

—Pero, ¿qué pasa con los refugiados?

—Ya están a bordo. Seguidme.

Corrimos cuanto pudimos camino del muelle de atraque. Sin decirles nada, creé una burbuja de calma en la Fuerza para ocultarnos mientras corríamos, como aquella que le había costado la vida a mi Maestro y que ahora esperaba que salvara muchas vidas.

Por aquellas callejuelas no pasaba mucha luz, por lo que era aún más fácil ocultarnos. Pero nos equivocábamos al pensar que no estaban vigiladas.

Ya quedaba poco para llegar cuando tres soldados salieron a nuestro paso desde una bocacalle lateral. Ya habían registrado las casas colindantes.

No podíamos pasar por allí. Nos cortaban el camino.

Ram y Thaw se quedaron petrificados instantáneamente, sin saber que no podían ser vistos. Les hice una señal y se acercaron sigilosamente junto a mí hasta alcanzar a la guarnición imperial. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca, alargué mi brazo y corté a los tres soldados por la mitad de un solo tajo con mi sable de luz. Volví a desactivarlo con la misma rapidez con la que lo había accionado.

—Te dije que no sacaras tu arma Jedi —me reprochó Thaw.

—Ha sido más silencioso y eficaz que cualquier disparo de bláster —contesté.

—Dejaos de cháchara —avisó Ramthura—, no estamos muy lejos.

Corred.

Al final de la calle encontramos la entrada trasera al muelle de carga de Thaw. Para evitar que el Imperio tuviera conocimiento de que estábamos allí, evitamos abrir la puerta pulsando los códigos en el panel. Utilicé mi sable de luz para abrir un agujero por el que pasar a través de él.

—Ahora sabrán que hay un Jedi en mi nave. Ninguna otra arma abre las puertas de esta manera.

—Ninguna otra arma corta en dos a soldados como los que hemos dejado atrás. No sería difícil seguir nuestro rastro al tener constancia de esas bajas en sus filas.

—Por eso no quería que sacaras tu arma.

Pegué una patada al círculo incandescente que mi sable de luz había hecho sobre el panel metálico de la puerta al hangar y entramos por él.

La primera impresión que tuve sobre el carguero del calamariano fue de una gran presencia. Aquella nave parecía estar cargada de cientos de seres de distintas especies. Además, parecía imposible que en un muelle de atraque tan minúsculo pudiera contener un carguero tan enorme.

—La nave está a punto. Partamos antes de que las tropas imperiales se percaten de nuestra huida.

Subimos directamente al nivel del puente de mando, de color tan blanco como la nieve, y despegamos en cuestión de segundos hacia la vastedad del espacio.

[GRABACIÓN 00.002.00]

Acabábamos de salir del hiperespacio en las cercanías del sistema Daurtkyn. Nuestro carguero mon calamari se aproximaba a una estación imperial situada en el cinturón de asteroides que orbitaba alrededor del planeta Denkor. Sería nuestra primera pieza del día.

El commscan indicaba que nos encontrábamos a suficiente distancia como para no ser detectados. Thawarpi se levantó del puesto de mando y anunció:

—Comienza la cacería. Delan, tú supervisarás la defensa desde el *Arrecife* y nos avisarás si intuyes algún peligro.

«Como siempre», pensé.

—Como ordene, capitán —contesté, tratándolo según su cargo, pero sabiendo que volvería a llamarlo Thaw en cuanto terminase todo aquello.

—Nahie —siguió Thaw—, tú vendrás conmigo cuando realicemos el abordaje.

Nahie respondió con sus gruñidos y ladridos, que venían a decir «a sus órdenes, capitán». Naggadik era un wookiee albino. Desde que lo liberamos en un puerto espacial de Kashyyyk, no se alejó en ningún momento de Thaw.

Ocurrió al poco tiempo de partir de Mu’un V.

El Imperio tomó el control de todas las empresas del planeta y, como todos sabemos, esclavizó a los wookiees.

A Naggadik no le fue del todo mal. A decir verdad, tuvo muchísima más suerte que cualquiera de su especie, ya que se le permitió seguir trabajando en sus hangares de repostaje, ahora como esclavo del Imperio. Aquello no fue precisamente por magnanimidad, sino por economía, pues necesitaban mano de obra y, aunque aquel frondoso planeta estaba lleno de esclavos en potencia, era lógico mantener allí trabajando al que mejor los conocía.

Pero entonces llegamos nosotros.

Por aquel entonces teníamos pocos encargos y la mayoría eran de contrabando de especia, pero aquella nave necesitaba una tripulación mayor. «Nos vendría bien un mecánico, un artillero…», pensaba Thaw en voz alta cada vez más frecuentemente.

Y llegó el día en que encontramos al primero que entraría a formar parte de nuestra tripulación.

Acabábamos de aterrizar en los hangares de Naggadik cuando, en un descuido de la seguridad imperial, descendimos de la nave y pedimos al wookiee que llenara el depósito, esperando que no tardara mucho.

Pero la tropa al mando de los hangares volvió antes de lo previsto y, en cuestión de segundos, se organizó una terrible refriega.

Nos habían identificado.

Los disparos láser brotaban de todas direcciones, iluminando los hangares y la bahía de atraque con destellos rojizos y resonando con su característico sonido.

El wookiee, desarmado pero no indefenso, decidió ayudarnos, aún a costa de su vida. Corrió a desactivar el sistema de alimentación de combustible y comenzó a arrojar

herramientas y cualquier objeto pesado a su alcance, acertando de lleno en los soldados imperiales en multitud de ocasiones. Éstos parecían no agotarse nunca, pues aunque cada vez más cuerpos yacían amontonados, no paraban de llegar refuerzos.

Llegó el momento en el que parecía que el último soldado cayó y, antes de que otros más corrieran a ocupar su puesto, conseguimos subir a la nave y despegar.

Naggadik nos estaría eternamente agradecido por liberarle de su esclavitud. Sin embargo, consideró —y yo contribuí a ello, debo añadir— que la deuda de vida era más intensa para con Thaw que conmigo. No podía hacerme a la idea de tener junto a mí a alguien intentando protegerme.

Como Jedi, aquello era totalmente inapropiado, aunque no hubiese sido el primer caso. Ni el último.

—Garrune —siguió ordenando Thaw—, será mejor que te quedes en la nave, por si hay algún problema con los escudos o vete a saber qué. Cada día nos da más problemas este enorme montón de chatarra.

—Misa tá listo p’a lo que sea —contestó el gungan.

Garrune no tardó en unirse a nosotros tras la liberación de Naggadik.

Fue voluntad de la Fuerza —aunque todos opinaban que fue más cuestión de suerte— que un mes estándar más tarde estuviéramos reparando el *Arrecife* en Naboo.

El planeta no había escapado al control imperial y los gungans habían sido esclavizados como la mayoría de especies no humanas. Garrune no fue una excepción y por aquél entonces trabajaba a destajo como mecánico en el espaciopuerto de Theed.

En realidad no nos hacían falta sus servicios, pues contábamos con Naggadik. Tan sólo necesitábamos un lugar donde repararla. Pero el gungan insistió. Prefería servir a alguien que no tuviera que ver directamente con el Imperio. Así, ayudó al wookiee a reparar la nave con mucha dedicación mientras Thaw y yo permanecíamos en el interior de la nave.

Al terminar, cuando se encontraba ya recogiendo sus herramientas, se alejó con ellas para guardarlas. No llegó a alejarse más de un par de metros cuando, de repente, el cable de duracero que soportaba el peso de un hipermotor cedió justo encima de Garrune. Nahie reaccionó con sorprendente rapidez, saltando hacia el gungan y apartándolo del peligro.

El peso del hipermotor destrozó el suelo que hacía pocos nanosegundos pisaba Garrune.

Sorprendido y aturdido, el gungan prometió fidelidad eterna al wookiee.

Acababa de contraer una deuda de vida que le liberaría de su situación de esclavitud, y no estaba dispuesto a dejarla escapar.

Por nosotros no hubo ningún problema en aceptarlo, pues aún éramos sólo tres los miembros de la tripulación. Sólo cuando era ya demasiado tarde, Thaw cayó en la cuenta de que, en caso de ocurrirle algo a Nahie, el gungan habría de cumplir la deuda que el wookiee tenía con él.

Así pues, recogimos lo más rápido que pudimos para despegar antes de que la patrulla imperial nos identificara. Mientras tanto, Garrune fue a por DAQ-7, su droide ayudante, que estaba recargándose. Se trataba de un droide de batalla de la Federación de Comercio que Garrune recuperó tras el bloqueo de Naboo.

Obviamente, lo reprogramó, aunque sin eliminar completamente los conocimientos sobre tácticas y movimientos bélicos, que conservó para casos de necesidad en los que necesitara un protector o guardaespaldas. Hasta entonces, le sirvió como ayudante en el taller, especialmente para cargar grandes pesos o realizar reparaciones peligrosas. Además, instaló en él sistemas adicionales, tanto físicos como informáticos, de manera que había pasado de ser una máquina de guerra a un mecánico multiusos de lo más eficiente.

Al activarlo, Garrune le indicó:

—¡Salgamon d'aquí!

DAQ-7 no se lo pensó dos veces, entre otras cosas, porque no había sido programado para someter a discusión una orden directa ni para procesar dos veces la misma información. Por ello, abandonó su postura pseudo-fetal de apagado para, con un peculiar sonido de engranajes, ponerse de pie, recoger su caja de hidrollaves y su bláster, y salir corriendo tras Garrune hacia la rampa de entrada al *Arrecife*.

La nave estaba ya lista para despegar cuando el primer disparo láser resonó en el hangar.

Las tropas imperiales no dejaron de disparar hasta que no quedamos fuera de su alcance, pero su puntería dejaba mucho que desear y sus disparos no causaron ni un solo arañazo en el casco de la nave. Escapamos así de Naboo, con dos miembros más en nuestra tripulación.

Aquello era una situación extraña, pues la tripulación no había sido contratada oficialmente, sino que se unió por diferentes compromisos. Aún así, dejamos claro que en cualquier momento podrían abandonar su puesto, si lo consideraban adecuado, lo que reforzó nuestra voluntad de seguir unidos.

De hecho, todos éramos necesarios, pues cada uno estaba especializado en alguna función, aunque a decir verdad éramos bastante… polivalentes. Cuando alguno no estaba disponible, cualquiera de nosotros podía cumplir su parte, aunque no con la misma calidad, por supuesto.

Éste era nuestro modo de funcionamiento, y en aquel preciso instante cada uno estaba en su puesto: Naggadik junto a Thawarpi listos para el abordaje; Garrune y DAQ-7 preparados para cualquier emergencia mecánica; y en cuanto a mí… sentado en el puesto de control.

En realidad, no me sentía muy útil desde allí. Ese podía haber sido ver desde allí la situación de la nave y mandar a su droide al lugar necesario.

Me concentré sin más opción en mi cometido, atento a cualquier alteración en la Fuerza, a la vez que lo supervisaba todo, Creo que era esta parte la que Thaw no quería dejar a manos del gungan. Por algún motivo, tenían fama de torpes. Sin embargo, éste no

era el caso. Muy al contrario, Garrune era, con mucho, uno de los mecánicos más habilidosos que he conocido nunca. Poseía una agilidad innata, que traducía en un manejo sin igual de las herramientas.

Pero muy pronto se haría evidente que mis habilidades estaban siendo desaprovechadas. Esa manía de Thaw de ocultarme debía acabar ya. De todos modos, el Imperio nos perseguía ya por diversos delitos. Y ahora nos disponíamos a cometer el siguiente, a favor de los oprimidos.

—Capitán —anuncié por el comlink—, nos acercamos al carguero imperial.

[GRABACIÓN 00.002.01]

El carguero corelliano YT-1300 lucía orgullosamente el emblema imperial, pavoneándose sin saberse acechado. Nuestro dispositivo de camuflaje funcionaba perfectamente, según acababa de comprobar, y aquella no era una zona frecuentada por piratas. Estaban a salvo, o eso creían ellos.

Nada más lejos de la realidad.

El mon calamari y el wookiee más decididos estaban dispuestos a arrebatarles la mercancía que enriquecía las arcas imperiales a costa de sus ciudadanos. Mientras, un Jedi, un gungan y su droide de batalla estarían preparados para lo peor.

Aquello era una locura.

No era la primera vez, pero siempre pensaba lo mismo: No era posible que siempre tuviéramos esa suerte y escapáramos ilesos con tanta facilidad.

De algún modo, la Fuerza nos acompañaba allá adonde fuéramos. Esto me hace pensar que hacíamos lo justo.

Tal vez, las cosas sí funcionaran bien de aquella manera y no hiciese realmente falta mi presencia allí abajo. Por lo visto, Thaw y Nahie se las apañaban muy bien ellos solos. Pero siempre tenía la misma sensación: «Hoy no será tan fácil».

—Delan, ¿qué pasa? ¿Te has quedado dormido? —dijo la voz de Thaw por el intercomunicador.

—No, capitán —contesté, despertando de mis pensamientos.

—Pues despierta —dijo él, ignorando por completo mi respuesta—. ¿Qué tenemos ahí dentro?

—Presiento a seis personas… No, son siete. Dos en la cabina y cuatro en la zona de descanso.

—Te falta uno. ¿Dónde está el séptimo?

—No lo sé, capitán. En realidad, no llego a sentir su presencia, sólo un… sentimiento.

—¿Un sentimiento? —preguntó Thaw, extrañado—. ¿Cuál?

—Dolor… Sufrimiento.

—¿Un prisionero?

—Puede.

—No es una nave prisión, Delan. Es un simple carguero. ¿Tienes claros esos presentimientos?

—Son claros, Thaw —insistí.

—¡Te he dicho mil veces…! —exclamó él, indignado por llamarlo por su nombre—. ¡Bah, déjalo! De acuerdo, si es un prisionero, lo liberaremos también.

Puede que quiera unirse a nosotros.

—Querrá, créeme.

Un rugido wookiee interrumpió nuestra cháchara. Naggadik estaba impaciente.

—De acuerdo, Nahie —contesté—. Voy a acoplar la nave. Avisadme cuando estéis listos.

—Estamos listos desde hace eones, Delan —respondió Thaw, justo antes de oírse los crujidos metálicos al acoplarse ambas naves.

—Pues adelante —dije, abriendo la escotilla de seguridad.

A partir de ese momento, todo lo que ocurrió lo oí a través del comlink y lo sentía mediante la Fuerza:

Los cuatro imperiales se levantaban de sus asientos en la estancia principal, alarmados por el ruido del acoplamiento.

Thaw abría la escotilla del carguero desde fuera y bajaba a la nave, seguido de Nahie.

Comenzaba el intercambio de disparos.

El piloto enviaba una señal de socorro, o al menos, lo intentaba.

La ballesta wookiee se llevaba por delante a un par de soldados imperiales, mientras el bláster de Thaw y el poderoso puño de Nahie se encargaban del par restante.

El copiloto se levantaba y se dirigía hacia allí, armado y dispuesto a defender la nave… y caía a mitad del pasillo.

Thaw y Nahie pasaban por encima del cadáver del copiloto y abatían al piloto, aún en su asiento, gritando desesperadamente por el comunicador.

Obviamente, nadie respondía. Las comunicaciones habían sido convenientemente cortadas desde antes del ataque por sorpresa.

—La nave es nuestra —anunció Thaw por el comlink.

—Has vuelto a hacerlo —dije, consternado—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Era necesario matarlos a todos? —Había sentido las muertes de todas aquellas personas, y nunca es una sensación agradable.

—Era innecesario dejar testigos, Delan. Además, eran imperiales. No me gustan los imperiales, ya lo sabes.

—¿Y qué hay del piloto y del copiloto? Eran civiles.

—Al servicio del Imperio.

—Tal vez no tenían alternativa.

—Ahora sí —cortó Thaw—. Busquemos al rehén y llevémonos nuestra recompensa.

Cerré los ojos y me sumí en la Fuerza. En un instante, sentí todo lo que me rodeaba, ampliando el alcance progresivamente. Sentí mi propio cuerpo, mis ropas, los controles de la cabina del *Arrecife*, los paneles de los pasillos, la escotilla de unión, la mercancía del carguero…

—La carga está en la bodega principal —dije.

—Eso es obvio.

—No tanto —discrepé—. La única carga podía haber sido el rehén.

—Perfecto, entonces. Continúa la búsqueda.

Sin decir más, aumenté mi percepción desde donde la había dejado…

Hasta llegar al otro extremo de la nave, sin encontrar nada.

No podía ser posible. Aún sentía una extraña presencia, como nunca antes había sentido otra. Pero me veía incapaz de determinar su localización exacta. Al menos, en los rincones conocidos de la nave. Quizás…

Inicié de nuevo la búsqueda por cada escondrijo de la nave, a cual más inverosímil. Pero no quería arriesgarme. Cualquier sitio era bueno para esconder a alguien, por más incómodo que fuera, y así pasar inadvertido a un control eventual de seguridad. Lo cual no dejaba de ser inquietante.

De pronto, me pareció sentir una sombra de miedo por debajo de las planchas de duracero que formaban el suelo del pasillo que llevaba desde la estancia principal a la rampa de salida.

—Voy hacia allí —dije apresuradamente por el comlink.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Thaw.

—No te lo vas a creer —contesté, mientras corría hacia el carguero.

En un instante, llegué hasta la escotilla de enganche y bajé por ella para encontrarme con el calamariano y el wookiee.

—Casi no nos has dado tiempo a llegar —dijo Thaw, sorprendido.

—*La bodega principal está llena* —dijo Nahie en shriiwook.

—Ya nos encargaremos de eso luego. Seguidme.

Al llegar al lugar indicado, me puse en cuclillas para levantar una de las planchas que cubrían el suelo. Eché el panel metálico a un lado y descubrimos un habitáculo que debería haber estado lleno de cables y mecanismos electrónicos. Oculta entre las sombras se encontraba una figura femenina, sentada con la cabeza entre las rodillas.

Enmudecidos por la sorpresa, nos miramos y bajamos la mirada de nuevo creyéndola inconsciente. Como surgida de un profundo y horripilante sueño, alzó la cabeza hacia nosotros, casi sin poder enfocar la vista.

—¿Q-Quienes sois? —consiguió decir al fin.

—Yo soy Thawarpi, capitán del *Arrecife de Diamante* y éstos —dijo, con un gesto— son Naggadik y Delan, primeros oficiales de mi nave. Estás a salvo.

En ese momento, se desmayó. Nahie la alzó con sumo cuidado y la llevó en brazos. Thaw les precedía en el camino de vuelta a la nave y yo iba justo detrás.

Al dejarla en la sala médica, me quedé sentado junto a ella mientras Nahie y Thaw regresaban al carguero para hacer recuento de todo cuanto había en él.

—Garrune —oí decir a Thaw por el comlink—, que baje tu droide con nosotros. Vamos a desmontar el generador del rayo tractor de este carguero y trasladarlo a la nave. Prepárate para instalarlo allí. Lo usaremos para transportar la mercancía al *Arrecife*.

—Vale-dale, capitán —contestó el gungan, seguido de un crujido de estática.

Me senté junto a la nueva pasajera del *Arrecife*. Era una humana muy atractiva, de más o menos mi edad, pelo como el cobre con reflejos dorados y ojos verdes, según había comprobado en el carguero.

Iba vestida con un mono negro de reclusión. Al parecer, era una prisionera cuyo traslado, por algún motivo, se estaba realizando encubiertamente. No era habitual un traslado de presos en cargueros destinados al transporte de mercancías, y menos aún, ocultando al prisionero en un escondite tan inusual.

Me permití observar su rostro iluminado por las luces blancas de la sala médica durante unos segundos más, hasta que, finalmente, puse mi mano derecha sobre su frente para utilizar una técnica de curación Jedi, que me sumió en la Fuerza Viva.

[GRABACIÓN 00.002.02]

Una explosión me sacó de mi trance.

Habían destruido el carguero corelliano para no dejar pruebas, tras haber rescatado de él todo cuanto se podía: mercancía, alimentos, medicinas, pequeñas cantidades de bacta y demás material del botiquín, componentes electrónicos, recambios, etc. Incluso, si habían seguido el procedimiento habitual, habrían extraído el combustible, dejando una pequeña cantidad, sólo para asegurarse de que la nave explotaría, con alguna ayuda añadida.

Thaw entró en la sala médica, seguido de Garrune y DAQ-7.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunté. Había perdido toda la noción del tiempo.

—Lleváis así desde hace más de 3 horas estándar —contestó Thaw.

—¿Dónde está Nahie?

—Ahora viene. Ha accionado los detonadores que colocamos en el carguero.

—Ya lo he notado…

—¿Cómon está? —preguntó Garrune.

—De momento, descansando —contesté, mirando hacia la muchacha—. No tiene daños físicos internos. Sólo un par de quemaduras por láser en los brazos y piernas, y pequeñas lesiones en las muñecas, debidas tal vez a grilletes magnéticos. Lo peor es el daño psicológico…

—¿A qué te refieres? —preguntó Thaw, intrigado.

—La han hecho sufrir. Y supongo que no sólo a ella. El mero recuerdo la está atormentando. Ese daño no es tan fácil de curar, pero haré lo que pueda para aliviarlo.

—Como siempre. —Thaw se quedó mirando pensativo hacia la muchacha, como con la cabeza en otra parte—. ¿Bajarás a ver el botín? A esto sí que lo llamo yo «recuperar los bienes».

—No, gracias —contesté—. Me quedaré con ella. Luego veré lo que habéis traído a través de las cámaras de seguridad de la bodega.

—Como quieras, pero yo prefiero tenerlo delante a una simple holoproyección. En fin, ante gustos…

—Yo lo llamo «prioridades» —sonreí.

—'Supuesto —dijo Garrune, con una media sonrisa.

Miré a la dormida muchacha que estaba junto a mí, intentando adivinar su nombre.

—¿Ya…? —empezó a decir Nagadik, entrando en la sala de curas—. *¡Por fín! Creía que no despertarían nunca.*

Casi instantáneamente, la joven salió de su inconsciencia y miró a su alrededor, en un intento por reconocer dónde se encontraba, sin éxito.

—¿Quiénes sois? —preguntó extrañada, tras mirarnos detenidamente.

—¿Otra vez? —dijo Nahie, sorprendido.

—Me temo que ya nos hemos presentado —dijo amablemente Thaw—. ¿No lo recordáis?

—No… —contestó ella, contrariada.

—De acuerdo —dijo Thaw comprensivamente—. Me llamo Thawarpi, capitán del *Arrecife de Diamante*, en donde nos encontramos ahora. Ellos son Delan Paciel, Naggadik y Garrune.

—DAQ-7, a su servicio —dijo el droide educadamente, aunque un tanto molesto por no haber sido debidamente presentado. Era una de las pocas veces que usaba su nuevo vocabulador desde que hacía poco se lo instaló el gungan.

Se hizo un silencio en el que todos esperamos a que la muchacha se presentara.

—¿Y bien? —preguntó Thaw, un tanto impaciente—. ¿Quién sois?

—Es que no lo recuerdo —contestó ella, angustiada.

—Delan, ¿no la habías curado?

—He curado el daño físico y aliviado el daño psíquico. La memoria no tiene nada que ver. Ha debido perderla a causa del *shock*.

—*Pues qué bien* —dijo Nahie sarcásticamente.

—¿Llevas alguna identificación encima? —le pregunté a ella.

—No se me había ocurrido —dijo ella, buscando algún bolsillo en el oscuro mono—. Aquí hay algo.

En el que resultó ser el único bolsillo del mono, sobre el pecho izquierdo, encontró una tarjeta imperial codificada.

—¿Puedon? —se ofreció Garrune, alargando su mano hacia la tarjeta.

La chica se lo dio sin ningún reparo. El gungan observó la tarjeta en todo detalle, para después entregárselo a DAQ-7. El droide la insertó en una ranura de su torso y poco después informó:

—Roonadhra, Kymeire. *Especie*: Humana. *Altura*… Creo que obviaré los datos referentes a características físicas —dijo con una cierta complicidad—. *Cargos*: Traición al Imperio. *Observaciones*: Traslado urgente —se quedó un momento en silencio—. No hay más datos. Observo lagunas importantes de información, poco habituales en la burocracia imperial. No parece normal.

—¿Han borrado datos? —pregunté.

—Sólo los relativos al traslado: origen, destino… El resto de datos omitidos, simplemente no se han incorporado a la tarjeta.

—¿Y pueden recuperarse los datos borrados?

—Con un análisis mucho más exhaustivo, quizá. Al menos, en parte. Sólo necesito un poco de tiempo.

—Ponte a ello, ¿quieres? —le pedí. No me gustaba darle órdenes a los droides, menos aún cuando mostraban esa especie de sentimientos, tan poco habituales.

El droide asintió y se retiró un poco, atareado en la recuperación de datos de la tarjeta de identificación. Thaw se aclaró la garganta.

—Bien, señorita Roonahdra —dijo Thaw—, sea bienvenida a esta nuestra nave. Si desea que la llevemos a algún lugar, sólo tiene que pedirlo. Al ser contraria al Imperio, como creo haber entendido en los cargos que se le imputan, cuenta con nuestra ayuda. Si prefiere formar parte de nuestra tripulación, también será bienvenida, por supuesto.

—De momento —contestó ella, tras quedarse un momento pensativa—, preferiría quedarme en la nave, si no es mucha molestia. No sería capaz de recordar un solo planeta en estos momentos, la verdad.

—No es mala idea —comenté en voz alta.

—*Claro que no* —dijo Nahie, mirándome mientras sonreía.

—Tusa debe echar uno vistazo a lo botín, misa creo… —sugirió Garrune.

—Es verdad —asentí—, es muy probable que una parte de la mercancía que transportaba el carguero fuera propiedad suya, señorita Roonahdra.

—Oh, llamadme Kym —dijo ella, sonriendo mientras se incorporaba de la camilla, visiblemente más recuperada.

—De acuerdo entonces, Kym —dijo Thaw—. Bajemos a la bodega y echemos una ojeada a la… carga.

[GRABACIÓN 00.002.03]

La bodega aparentaba estar más llena que de costumbre. De hecho, aunque no fuera así, sí había más objetos valiosos de lo normal.

Kym anduvo por entre los pasillos de mercancía que había organizado DAQ-7, intentando encontrar algo que le hiciera recordar su origen o, al menos, el motivo de su detención.

—Al final has terminado por bajar —dijo Thaw, que caminaba junto a mí, seguido de Naggadik y Garrune.

—Eres muy persuasivo —contesté con una sonrisa.

Nahie hizo un comentario que no llegué a oír, pues fue silenciado por un grito de sorpresa. Volvimos la vista hacia Kym, que se encontraba agachada con un objeto reluciente entre sus manos.

—Fue un regalo de mi padre —dijo al fin, sosteniendo cuidadosamente entre sus manos un reluciente cubo que combinaba formaciones cristalinas con metal. Cabía en la palma de una mano y sus partes metálicas estaban decoradas con grabados ancestrales.

—¿Y eso qué es? —preguntó extrañado Thaw.

—Es un holocrón —contesté, mirándolo fijamente, y de inmediato todos me miraron fijamente—: Un aparato de tecnología holográfica primitiva en el que se guardan las enseñanzas de los Jedi, y al que sólo pueden acceder los usuarios de la Fuerza.

—Ajá —asintió Thaw—. Entonces… ¿Qué hacía tu padre con uno de esos, Kym?

—Mi padre… era un estudioso de los Jedi.

—¿”Era”? —preguntó Thaw.

—Fue asesinado por las tropas de asalto imperiales en un registro —contestó Kym, mirando con ojos vidriosos hacia el holocrón, que de algún modo le había hecho recordar lo ocurrido—, junto con el resto de mi familia.

Yo escapé de aquella masacre por casualidad, porque estaba en Bespin con mis compañeros de la Universidad.

“En el viaje de regreso, una patrulla imperial subió a la nave cuando hacíamos una parada en Corellia. Por alguna razón, prefirieron hacerme presa a matarme allí mismo.

—No habría necesidad de montar un espectáculo —dijo Thaw—. Probablemente, sería más rentable lavarte el cerebro y tenerte a disposición del Imperio.

—¡Jamás! —exclamó Kym—. Yo nunca…

—Eso piensas ahora —le cortó Thaw—. Pero pueden llegar a ser muy convincentes. ¿Nunca te has parado a pensar qué ocurrirá cuando los soldados clon envejezcan? Ellos tardan la mitad que un humano corriente.

¿Crees que el Imperio seguirá pagando la creación de nuevos clones? Las Guerras Clon han resultado muy caras a las arcas imperiales, y la manera más barata de mantener el Gran Ejército Imperial es reclutar soldados y moldear sus mentes para obedecer ciegamente. Ya han empezado, según tengo entendido. No digas «nunca» tan a la ligera…

—Cuéntanos más sobre tu padre, Kym —le pedí.

—Pues… Era un buen hombre. Era profesor de Historia en la Universidad de Obroa-Skai, donde yo estudiaba. Siempre se interesó por los Jedi. Los veneraba, por así decirlo. En su biblioteca tenía centenares de tomos relativos a los Jedi. Incluso, mi hermana me dijo que un día lo vio encendiendo un sable de luz que había sacado de su caja fuerte.

—¿Cómo pudo conseguirlo? —pregunté.

—No lo sé. Nunca llegué a verlo. Puede que ni siquiera exista, como la colección de artefactos Jedi que mi hermana decía que tenía mi padre. Yo era la menor y a ella le encantaba impresionarme.

—Entiendo… —asentí, pensativo—. ¿Me lo dejas un momento?

—Claro —dijo ella, entregándome el holocrón—. Pero ten mucho cuidado con él.

—Por supuesto —contesté.

Lo sostuve un momento, mirándolo detenidamente, maravillándome por los diseños cristalinos que había en su interior. Curiosamente, pese a ser usuario de la Fuerza, no ocurrió nada.

Mi Maestro, como cualquier otro Maestro Jedi, tenía acceso a los holocrones que custodiaba la Maestra Jocasta Nu en los Archivos del Templo Jedi. Gracias a ellos, obtuvo un mayor conocimiento de la Fuerza.

Según me contó, existían diversos tipos de holocrones, tanto en su forma como en su modo de activación. Algunos precisan que el propio dueño pronuncie una contraseña o toque una parte determinada de su superficie.

También se daba el caso de holocrones que se activaban en manos de cualquiera que empleara la Fuerza. Pero, al parecer, aquél no era el caso.

Me concentré durante unos instantes, pasé mi mano por toda su superficie… pero no ocurrió nada.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Kym—. ¿Te crees una especie de Jedi?

—Soy un Jedi —contesté.

Kymeire se quedó muda durante un momento, llevándose la mano a la boca. Me miró como si acabara de ver a un fantasma, lo cual me hizo sentir muy incómodo.

—Pero… —consiguió decir—. No puede ser… El Emperador dijo que los Jedi conspirasteis contra su vida y contra la República… Que erais unos traidores…

—Lo mismo han dicho de ti, ¿no? Ésa es la versión oficial. Yo no me la creo, ¿y tú?

—Bueno… Eran días de incertidumbre…

—Déjalo. Eso ya no importa. Fuiste engañada, al igual que el resto de la galaxia.

—Pero todos fueron… eliminados. ¿Cómo lograste escapar a la Purga Jedi?

—Es una larga historia. Mejor en otro momento —dije, volviendo mi atención al holcrón.

—¿Cuálo tusa 'tentan hacer? —preguntó Garrune.

—Al ser accionado, el holocrón muestra a su Guardián, el Jedi que guardó en él sus conocimientos. Hay varios métodos, y sólo espero que no sea una contraseña, porque

pondría las cosas bastante difíciles. —Miré a Kym—. A menos que no quieras saber qué contiene.

—Sería una locura no quererlo —contestó ella.

—*¿Lo has probado ya todo?* —preguntó Nahie.

—Lo he intentado mediante la Fuerza. Si fuera un holocrón piramidal, debería usar el Lado Oscuro, pero no es el caso, y, de todas maneras, me abstendría de hacerlo, la verdad. También lo he probado tocando cada parte, por si hubiera un mecanismo o un contacto, pero tampoco sirve. Me estoy quedando sin recursos.

—Perdonen —interrumpió DAQ-7—, tras el análisis de la tarjeta de identificación de la señorita Kymeire, queda confirmado que la detención se efectuó en Corellia. No obstante, el dato referente al destino ha sido encriptado antes de ser borrado, lo cual dificulta el proceso.

—Alguien no quiere que se sepa a dónde te llevaban —le dije a Kym.

—Si queremos saber hasta dónde llega esto, sólo tenemos que ir a su origen —dijo Thaw.

—*¿Pero cuál es su origen?* —preguntó Nahie, cada vez más confuso.

—Caamas —dijo Kym.

—¿Es tu planeta? —preguntó Nahie.

—Allí está mi hogar.

—Creía que allí sólo vivían caamasi, bothan y algunas colonias de ithorianos.

—No hay muchos humanos; es verdad. Pero mis padres se conocieron allí, y allí nos criaron a mi hermana y a mí. Eran tiempos más felices…

—¿Qué ocurrió tras tu detención en Corellia? —le pregunté—. ¿Te trajeron directamente hasta aquí?

—No… —contestó ella, lacónicamente—. Al parecer, las autoridades de Caamas me reclamaron. Allí me torturaron hasta perder la consciencia. No tengo idea de cuánto les dije, si es que llegaron a preguntarme algo. Sólo recuerdo que me dijeron qué les habían hecho a mi familia por no colaborar con ellos. Después de eso… nada. Ni siquiera el traslado al carguero.

—Debimos haber interrogado a los imperiales del carguero —dije, mirando a Thaw.

—No los necesitamos —dijo él, impasible—. Las respuestas las encontraremos en Caamas.

[GRABACIÓN 00.002.04]

—No tardéis, ¿de acuerdo? —nos pidió Thaw.

—No te preocupes —le contesté.

—Será un visto y no visto —aseguró Kym.

—¿Seguro que no queréis que os acompañe Nahie?

—Cuanto más numeroso sea el grupo, más peligrosa será la incursión —le expliqué—. Parecería una excursión a la boca del lobo. Ya lo hemos hablado, Thaw.

—Tenéis razón —admitió el mon calamari—. Pero si os descubren…

—Entonces mi protector deberá mostrar su valía —le tranquilizó Kym.

—Mantened la nave a punto —le aconsejé a Thaw—. Os avisaremos si necesitamos ayuda. Si tenéis problemas, despegad sin nosotros.

—De acuerdo.

Dejamos al *Arrecife* y al resto del grupo en el espacio puerto de Ylen'n para no levantar sospechas. Mientras Kym y yo caminábamos a su casa, en el bosque a las afueras, el resto aprovecharía para abastecerse de todo cuanto necesitaran.

De camino, le conté a Kym cómo me mantuve alejado de las Guerras Clon y la posterior Purga Jedi. Ella, por su parte, me contó algo más sobre ella y su familia:

—Al terminar mis estudios de Psicoenseñanza, pensaba trabajar como profesora en la Universidad de Obroa-Skai. Una profesora me propuso ser su ayudante. Pero ahora… No sé qué va a ser de mí.

—Dijiste que cuando te capturaron volvías de Bespin… ¿Qué hacías allí?

—Regresaba de viaje con mis compañeros. Cogimos la lanzadera de *Star Tours* directamente en la residencia para estudiantes en Obroa-Skai…

—Vivías con tu padre en Obroa-Skai durante el curso, ¿verdad?

—No, el disponía de un apartamento en la residencia para docentes. Lo visitaba de vez en cuando para cenar con él, pero me animó a hacer vida independiente en la residencia para estudiantes —dejó la vista puesta en el infinito durante unos segundos y, mirándome a los ojos, añadió—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por rescatarme, por curarme… por cuidar de mí.

Me miró como nunca olvidaré: con un profundo y sincero agradecimiento.

—Estamos llegando —fue mi nerviosa respuesta.

Ante nosotros, el bosque de edificios dio paso al bosque real, a pocos metros.

—¿Está muy lejos de aquí? —pregunté.

—Eso depende.

—¿De qué depende, Kym?

—De cuánto te guste la Naturaleza salvaje y de lo rápido que seas —dijo ella, guiñándome un ojo.

Dejamos atrás la última manzana de edificios y nos acercamos a la espesura. De pronto, me detuve.

—¿Qué ocurre, Delan?

—Hay un control imperial ahí dentro, a unos diez metros estándar.

—No se ve nada…

—Confía en mí.

—Han cortado el camino, entonces. Qué extraño que hayan instalado el control a esa altura. Desde ahí no pueden ver los alrededores.

—No lo necesitan. El objetivo del control es detener a todo aquél que pretenda acceder a tu casa. Me temo que no es algo muy habitual. Tu padre debió de haber estado metido en algo realmente gordo —su expresión reflejaba una preocupación creciente—. Cuanto antes entremos, antes lo averiguaremos.

—Tienes razón… Por aquí.

Nos internamos en el bosque por un camino alternativo por entre la maleza, a algunos metros estándar del principal. Kym parecía conocerlo como la palma de su mano.

—Jugábamos con mi padre a ver quién llegaba antes a casa: él con su deslizador o nosotras atajando por el bosque.

—¿Y ganabais?

—La mayor parte de las veces. Y cuando no lo lográbamos, perdíamos por poco. Obviamente, mi padre hacía trampas.

—Frenaba el deslizador.

—Claro.

Avanzamos por aquél bosque desierto a primera vista, pero rebosante de vida para ojos expertos o para alguien sensible a la Fuerza. Cada cierto tiempo, oíamos el chasquido de los comlinks imperiales en el camino.

—¿De quién fue la idea? —pregunté cuando ya llevábamos recorridos unas decenas de metros.

—A mi padre siempre le gustó la vida en el campo —contestó Kym, adivinando el motivo de mi pregunta—. Amaba la Naturaleza, por así decirlo.

Por eso construyó la casa en el bosque. Ya queda poco.

Curiosamente, conforme nos internábamos, éste cambiaba su aspecto; no solo en cuanto a las especies vegetales que nos rodeaban, sino también en el canto de las aves y demás fauna local. Allí dentro se dejaron de oír ciertos gorjeos y trinos que podíamos oír al entrar, y aparecían otros nuevos. Parecía que las especies se organizaban por zonas según la cercanía al exterior del bosque.

—¿Falta mucho? —después de aquél rato sin dejar de correr, mis vestiduras comenzaron a parecerme extremadamente pesadas, sin contar con el sudor que caía por mi frente.

—Ya hemos llegado —dijo Kym, señalando hacia delante a la vez que frenaba.

Delante se abría un precioso claro de tonos verdes, en el centro del cual se alzaba una casa de dos plantas, de tonos verdosos mucho más claros.

—Se integra en el entorno, pero no se camufla… —pensé en voz alta.

—Sería absurdo —comentó Kym—. Una vez aquí, cualquiera se toparía con la casa, por muy camuflada que estuviera. Sobre todo, si saben lo que buscan.

De pronto, pude ver a los soldados imperiales, que sí disponían de camuflaje en sus armaduras. Los chasquidos de sus comlinks les delataron.

—La puerta delantera está muy vigilada. ¿Hay alguna puerta trasera?

—Hay un invernadero en la parte de atrás —contestó Kym—. Pero también estará vigilado. Y nos superan en número. Es imposible entrar. No sé por qué hemos venido. Es una locura.

—Calma… —la tranquilicé—. Seguro que hay una manera.

Me senté sobre una roca y me concentré en la Fuerza. Durante unos segundos, vislumbré retazos del futuro: un holocrón, unas llamaradas de luz roja, unos tentáculos surgidos de la tierra, dos únicos soldados en el interior de la casa…

—El interior está menos vigilado de lo que esperaba—.

—Tengo un mal presentimiento.

—Yo también. No te separes de mí.

Dimos un rodeo y salimos al claro en el instante en que ningún soldado miraba hacia nosotros, mientras creaba una perturbación en la Fuerza en el lado opuesto, en el interior del bosque.

—¿Qué ha sido eso? —oí decir a un soldado al girarse.

—Nada. Alguna alimaña. No te preocupes —contestó su compañero.

Kym y yo ya habíamos entrado en el invernadero de su casa y nos habíamos echado al suelo para evitar que nos vieran desde fuera.

Muchas de las plantas estaban caídas por el suelo, por lo que tuvimos que gatear evitando contarnos con los trozos de permeocerámica sin mancharnos demasiado de tierra y abonos.

Oí sollozar a Kym delante de mí. La visión de aquél desastre en el invernadero de su padre debía ser horrible para ella.

—P-por aquí… —dijo ella, mientras abría la compuerta que daba al pasillo central de la vivienda.

Al otro lado solo había oscuridad. El pasillo disponía de varias puertas laterales, que daban a las habitaciones, los aseos y la cocina. En el otro extremo del pasillo se encontraba la puerta que lo separaba de la estancia principal.

La puerta se abrió.

—¡Eh! ¡Alto ahí! —gritó un soldado imperial, mientras entraba al pasillo a oscuras y comenzaba a disparar, cargando contra nosotros.

Erró los dos primeros disparos, y hubiera acertado el resto de no haber sido por mi sable de luz. Aprovechando la inercia de la carrera del soldado, lo atraje hacia mi sable con un tirón de Fuerza.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Kym a la luz azul de mi sable.

—¿A qué te refieres?

—Pues… Has… Has atraído a ese soldado hacia ti y luego… ¡En segundos!

—La Fuerza es un poderoso aliado —respondí, mirando el mango de mi sable, casi arrepentido, desconectándolo—. ¿Dónde está el despacho de tu padre?

—Arriba —contestó, saliendo de su ensoñación—. Se sube desde la habitación de mis padres. A tu izquierda.

Abrimos la primera puerta y subimos por un elevador que estaba instalado cerca de la enorme cama.

De repente, nos encontramos en medio del caos: datapads y plastifinos destrozados estaban tirados por el suelo, entre restos de madera chamuscada y metal fundido. La mesa del escritorio aún estaba en pie, pero parecía algo desvencijada. Encima había un par de tomos titulados «*La Orden Jedi: Pasado, presente y futuro*», y «*La Fuerza: ¿Mito o realidad?*». Las estanterías parecían atestadas de tomos similares.

Kym hizo un nervioso intento por poner orden, pero sólo consiguió levantar una silla y tirar lo poco que quedaba en pie. Al menos, pudo sentarse para poder desahogarse entre llantos. Me puse en cuclillas delante de ella.

—Lo siento mucho —fue todo lo que pude decirle.

Me respondió con un fuerte abrazo.

Tras varios minutos, nos incorporamos y nos miramos: yo, comprensivamente; ella, profundamente agradecida.

—Según mi hermana —dijo al fin—, la caja fuerte de mi padre debe estar en esa pared.

Me acerqué y puse mi mano sobre la pared. Pude sentir la caja de seguridad al otro lado. Era extraño que el Imperio no hubiese dado con ella, contando únicamente con un simple camuflaje con el resto de la pared. Quizá estuviera cubierta con un material que fuera imposible de detectar por un escáner.

Con un gesto de mi mano, un cuadrado de pared se abatió hacia fuera, mostrando la caja fuerte en su interior.

—¿Cómo la has abierto? No tenía ningún mecanismo exterior.

—No es necesario, si cuentas con la Fuerza.

—Pero, ¿cómo podía abrirla mi padre?

A tientas, saqué uno de los objetos que contenía: un sable de luz.

—Creo que esto aclara muchas cosas —dije, mirando a Kym, que se quedó sin habla—. Tu hermana no te mentía.

—Pero… Pero…

De la caja fuerte extraje también un cinturón de accesorios intacto, con cápsulas de alimentos, un respirador Aquata A99, un medpac, etc., así como una túnica Jedi meticulosamente doblada y guardada.

—Entonces… —comenzó a decir Kym, pensando en voz alta.

—O tu padre saqueó a un Jedi, o él mismo era un Jedi.

—Brillante deducción —dijo una voz a nuestra espalda.

[GRABACIÓN 00.002.05]

Una llamarada de luz roja procedente de un sable de luz, iluminó el rostro del desconocido.

Kym gritó por el sobresalto.

Aquella figura parecía haber salido de la nada. No había sentido antes su presencia. Ahora, el Lado Oscuro anegaba por momentos la estancia.

—Me temo que no nos han presentado —le saludé.

—Oh, pero yo sí le conozco. Usted es Delan Paciel, ¿no es así? —dijo él cortésmente—. Andábamos buscándole desde hace algún tiempo.

Concretamente, desde el Primer Día del Imperio.

—La escolta clon —prensé en voz alta—. Eran los únicos que conocían mi paradero.

—Así es. Cumpliendo la Orden 66, los soldados supervivientes no dudaron en dar a conocer su última situación. Curiosamente, no la cambió desde entonces, lo que nos facilitó mucho las cosas. Además, su abusivo uso de la Fuerza lo hizo aún más fácil de encontrar, si cabe. Un holo-faro hubiese sido más indetectable.

—¿Invadieron Mu’un V y todo el sistema Hi’isp solo para dar conmigo? —pregunté, incrédulo.

—¡Qué arrogante por su parte, Paciel! —dijo, soltando una risotada—. Por supuesto que no. Sólo era un motivo más. Como ve, acabar con usted no ha de bastar más que con un sólo Inquisidor. Y dudo mucho que le estemos subestimando.

—Eso está por ver —contesté, activando mi sable de luz—. Kym, coge todo lo que puedas y sal de aquí. No dejes que el viaje hasta aquí haya sido en vano.

—No te voy a dejar, Delan.

—Entonces, espérame al otro lado de la ventana. Ponte a cubierto.

—¡Basta ya de cháchara! ¡Muere, perro Jedi! —gritó el Inquisidor Imperial.

Kym se apartó a tiempo, pues el ataque no discriminaba objetivos.

—¡Sal de aquí, Kym! —le supliqué, al tiempo que paraba una segunda estocada.

—De aquí no va a salir nadie —dijo el Inquisidor, apuntando con los dedos de una mano hacia la ventana a la que se dirigía Kym y lanzando rayos de Fuerza contra ella, derrumbándola un instante antes de llegar hasta ella.

—¡Déjela en paz! —grité, atacando con furia al Inquisidor.

—Ella no morirá —dijo él tranquilamente, mirándome a los ojos y comenzando a sonreír maliciosamente—. No hasta que haya acabado con usted y ella le haya visto morir. Entonces, será también ejecutada por traición al Imperio, al igual que lo fue su familia y ahora lo será usted.

—Hoy no —contesté, parando sus ataques aleatorios, uno tras otro—, si tengo algo que decir al respecto.

Cada ataque del Inquisidor iba directo a matar con una fuerza implacable, apuñalando hacia mi pecho en contables ocasiones. Pronto cambió la técnica, buscando cercenar algún miembro o, al menos, inutilizarlo.

—Es inútil resistirse —sentenció el Inquisidor Imperial—. Si no consigo destruirle, otros Inquisidores vendrán a cumplir mi misión. El peso del Nuevo Orden caerá sobre usted, más tarde o más temprano. Es inevitable.

Nunca había luchado a ese ritmo. En realidad, nunca había luchado a muerte. Todo lo más, en los constantes entrenamientos en el Templo Jedi en Coruscant. Pero de ello hacía ya unos años, y desde entonces no había tenido oportunidad de entrenarme en condiciones. Sin embargo, mis músculos recordaban cada movimiento aprendido, creando algunos nuevos sobre la marcha, dejándose guiar por la Fuerza.

Aunque antes había alimentado mi ira al amenazar a Kym, ahora sólo intentaba parar sus golpes en una actitud totalmente defensiva, esperando que sus fuerzas flaquearan. Pero ese momento no llegaba. Podía sentir el Lado Oscuro creciendo en su interior, con cada ataque y amenaza. No obstante, mi cansancio tampoco aumentaba, ya que cada momento que pasaba, mayor era mi unión con la Fuerza.

No podía ver a Kym. No había casi luz en la habitación y cada vez estaba más cegado por los destellos de los sables de luz.

De repente, sentí una presión alrededor de mi cuello que me impedía respirar, a la vez que dejaba de notar el suelo bajo mis botas. Instintivamente, solté mi sable de luz y me llevé las manos al cuello, en un intento por tomar un poco de aire. Todo se volvió oscuro de repente…

Y en un instante, todo se volvió luz. Caí pesadamente al suelo y comencé a respirar de nuevo. Parpadeé unos instantes y lo que vi me dejó estupefacto: Kym luchaba contra el Inquisidor.

—¡No, Kym! —grité con desesperación.

Me puse rápidamente en pie, llamé a mi sable de luz con la Fuerza y me uní al duelo. El Inquisidor no podría con ambos.

Kym luchaba torpemente, pero se defendía bastante bien, parando todos los golpes que podía y esquivando el resto rápidamente. Sin embargo, el Inquisidor había sido mejor entrenado y se deshizo de ella rápidamente. Éste gritó inesperadamente y aprovechó la distracción para realizar un mandoble en el que cortó su sable y su antebrazo izquierdo. La retiré con un empujón de Fuerza a tiempo de evitar un segundo ataque, que hubiese sido fatal. Kym cayó a un lado, chillando de dolor.

De pronto, el Inquisidor se alejó de mí unos pasos y comenzó a caerme una lluvia de tomos procedentes de las estanterías. Los primeros consiguieron alcanzarme en los hombros y la espalda, pero reaccioné creando un escudo de Fuerza que hacía rebotar todo cuanto me lanzaba el Inquisidor.

Empezaron a agotársele los recursos. Cuando cargué contra él, empezó a lanzarme rayos de Fuerza antes de alcanzarlo. Sin pensarlo, me protegí con mi sable de luz. Casi toda la energía era absorbida por él, pero los rayos restantes debía canalizarlos yo mismo hacia el haz mediante la Fuerza. Al darse cuenta de lo inútil de su ataque, lo abortó, dubitativo.

Aproveché ese momento de duda para terminar la contienda de una vez. Alcé mi mano izquierda hacia el Inquisidor, invoqué a la Fuerza a su alrededor y lo levanté del suelo casi medio metro. Mientras forcejeaba intentando liberarse, corté sus brazos y piernas en un par de rápidos movimientos de sable.

Cuando iba a acabar con él con un corte lateral, toda una tropa de soldados imperiales fue apareciendo en la estancia conforme iban subiendo por el elevador privado de la estancia, disparando indiscriminadamente. Me veía incapaz de contenerlos a todos. A cada momento aparecían más y más.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le grité a Kym, que se parapetaba de los disparos con el escritorio.

—¡Acabad con ellos! —ordenó a gritos el Inquisidor desde el suelo, pues lo había dejado caer sin percatarme, debido a la sorpresa.

Tan rápido como pude, cogí a Kym por la cintura, la levanté y salimos por la ventana que quedaba, sin saber qué nos esperaba al otro lado.

[GRABACIÓN 00.002.06]

Corrimos a través del *solarium*, rodeados por disparos láser procedentes de la ventana, justo detrás de nosotros. Muy pocos se nos acercaban lo suficiente como para darnos de lleno, y los que podían haberlo hecho fueron desviados por el haz de mi sable de luz.

Aún oíamos los gritos del Inquisidor Imperial desde el interior.

Un instante antes de que el primero de los soldados de asalto imperiales consiguiera atravesar la ventana, saltamos al nivel del suelo, frenando nuestra caída con la Fuerza.

Más soldados nos esperaban abajo, pero no tardamos en atravesar el claro e internarnos en el bosque. En aquel terreno, seguía a Kym de cerca, que avanzaba en zig-zag tanto para despistar a las tropas imperiales como para esquivar sus disparos que quemaban la corteza de los árboles y los helechos que se cruzaban en su camino, vaporizando hojas y madera.

Podía sentir a las decenas de soldados que nos perseguían… y de repente, percibí una enorme presencia justo delante de nosotros. No podía ver nada que lo justificara.

«*Tus sentidos pueden confundirte; no confíes en ellos*», me recordó la voz de mi Maestro.

Confiando en mi instinto, sujeté a Kym por la cintura, llamé con la Fuerza a una liana hacia mi mano, y la usamos para llegar al otro lado de un profundo agujero cónico en el suelo, del que salían numerosos tentáculos y una especie de pico redondeado.

Uno de los tentáculos casi agarró una pierna de Kym, pero ella le propinó una patada que lo hizo desistir del intento.

Al llegar al otro lado, solté la liana y, dejando a Kym en el suelo, nos giramos a tiempo de ver cómo caían, uno tras otro, los soldados imperiales en la madriguera. Los que frenaban antes de caer, eran capturados por los tentáculos que tanteaban los alrededores. Los gritos eran espeluznantes, sumados a los chillidos de la bestia.

—¡En el nombre de…! ¡Un sarlacc! —exclamó Kym—. ¡No me lo puedo creer! ¡Llevo toda la vida jugando en este bosque y nunca…! ¡¿Cómo ha llegado hasta aquí?!

—Los sarlacc se reproducen por esporas, Kym. Pudo llegar en cualquier carguero desde cualquier planeta. Aquí no le falta alimento. Ahora menos aún. Además, no era muy grande; apenas tendrá unos años.

Kym se quedó pensativa mientras seguíamos corriendo a través del bosque.

—Tenemos que avisar a los demás —dije, sacándola de sus pensamientos—. ¿Sabes si hay algún claro por aquí cerca?

—Si no recuerdo mal, justo delante hay uno lo suficientemente grande como para que aterrice el *Arrecife de Diamante* —contestó ella, adivinando mis pensamientos.

—Perfecto.

Al llegar, activé el localizador. Esperaba que no los hubieran descubierto. Si así fuera, nos encontraríamos en un aprieto, pues las autoridades imperiales ya estarían alertadas y nos capturarían si intentáramos contratar un transporte que nos sacara del planeta. De todos modos, no nos habían avisado de que hubiera algún problema…

Caamas estaba resultando menos acogedor de lo que esperaba.

—No te preocupes. Vendrán —le dije a Kym, confortándome a mí mismo. De repente, caí en la cuenta—. ¿Qué tal está tu brazo?

—Bien, no te preocupes. La herida me quema y siento un extraño hormigueo, pero no es nada —contestó ella, ocultando una mueca de dolor mientras sujetaba su antebrazo izquierdo.

—De todos modos, deja que le eche un vistazo.

Kym dejó al descubierto la herida y le puse mi mano sobre ella. Estaba cicatrizada por completo por el haz del sable de luz. Dejé que la Fuerza fluyera a través de mí para que el dolor desapareciera todo lo posible. Su expresión cambió considerablemente.

Los minutos se alargaban interminablemente. No había rastro del *Arrecife*, como tampoco podíamos establecer comunicación por si la interceptaba el Imperio. No teníamos más remedio que esperar escondidos en el borde del claro.

—Es curioso —comentó Kym—. Parece como si se estuviera nublando el cielo, pero no hay una sola nube. Falta luz.

—Es verdad —contesté—. Cada vez hay más oscuridad y aún es mediodía…

Cuando fui a coger mis electrobinoculares de mi cinturón de accesorios apareció el Arrecife de Diamante justo encima de nosotros.

No se había posado aún en el suelo y ya estaba bajando la rampa de entrada con Thaw en el umbral, gesticulando exageradamente.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Daos prisa!

—¿Qué ocurre, Thaw? —pregunté, ayudando a Kym a levantarse lo más rápidamente que podía.

—¡Van a aniquilar el planeta! ¡Estos imperiales están locos!

—¡¿QUÉ?! —gritó Kym.

—¿No veis los destructores que sobrevuelan el planeta? Hemos visto evacuar a todas las tropas imperiales. Eso sólo puede significar una cosa: ¡Van a iniciar un bombardeo!

—¿Y qué pasa con la gente? —pregunté, preocupado por los habitantes del planeta.

—Hemos recogido a cuanta gente hemos podido. La bodega está a rebosar. ¿Recuerdas Mu'un V? ¡Esto es mucho peor! ¡Tenemos que darnos prisa!

—¡Pero no es posible! —gritaba Kym mientras se cerraba la rampa detrás de nosotros y nos encaminábamos hacia la cabina de mando a través de la gente hacinada en la bodega—. ¿Qué pasa con el escudo planetario?

—Me temo que no podemos contar con su protección. Alguien debió filtrar sus códigos de desactivación al Imperio —contestó Thaw, mirando hacia atrás y reparando en algo—. ¡Kym, estás herida! ¿Qué te ha ocurrido en la mano? ¿Estás bien?

—Sí, gracias. Nos encontramos con unos amigos… Ya casi no me duele.

Delan me lo ha aliviado lo suficiente.

—Garrune ha actualizado la memoria de DAQ-7 con programas médicos. Ve a la sala médica. Le diré a Garrune que lo envié para allá.

—Muchas gracias.

—Delan, ¿vienes conmigo?

Miré a Kym interrogativamente y ella asintió, como asegurándome que se encontraba bien y que no me preocupara por ella.

—Voy contigo —contesté, sonriendo.

[GRABACIÓN 00.002.07]

La cabina del «Arrecife de Diamante» era de todo menos tranquila.

Nahie intentaba pilotar manteniendo la calma, mientras Garrune revoloteaba de aquí para allá, ajustando los mandos que comenzaban a dar problemas. Al parecer, había sobrecarga de pasajeros y eso estaba haciendo mella en los sistemas de mantenimiento vital, los propulsores, los compensadores de inercia, etc. Thaw me precedía, caminando a paso ligero hacia donde se encontraban ellos. Por fin, cuando llegó a su asiento de piloto, se giró hacia mí y me dijo:

—¿Sabes? Llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de ganar algunos créditos extra transportando pasajeros.

—Pues me parece que el negocio se te ha ido de las manos, Thaw —le contesté.

—Precisamente. Pero no ha sido culpa mía. Al principio, aceptamos un par de pasajeros, pero, al parecer, se corrió la voz y una cosa llevó a la otra…

Nahie gruñó por lo bajo.

—¿A qué te refieres?

—Verás, nuestra oferta de transporte a buen precio apareció al mismo tiempo en que el caos cundió entre la población a causa del ataque imperial. Al ver aparecer tantos destructores imperiales, todo el mundo supo que se trataba de un bombardeo orbital. Por eso hemos rescatado a tantos caamasi como hemos podido… a un módico precio, claro —concluyó guiñándome uno de sus enormes ojos dorados.

—No tienes escrúpulos.

—Esto es un negocio, Delan. Luego pretenderás que te dé de comer.

Pero para eso necesito créditos, ¿sabes?

Negué con la cabeza. Algo no tenía sentido en aquel ataque… Antes de poder seguir pensando en ello, Nahie señaló al frente:

—¡Ahí está el bloqueo!

—¡Son destructores imperiales! ¡Cientos! —gritó Thaw—. ¡Aléjate de ellos, Nahie!

—Es la hora de dolor… —gimió Garrune.

—No lo creo —dijo Nahie, virando el «Arrecife» justo a tiempo para esquivar la primera andanada de turboláser procedente del destructor más cercano.

Por todas partes podíamos ver decenas de cientos de naves huyendo desde la superficie del planeta, y otros tantos destructores imperiales bombardeando las ciudades caamasi.

—Mirad por la retropantalla —señaló Thaw.

Una lanzadera imperial clase Lambda se acercaba a toda velocidad, pisándonos los talones.

—Deflectores traseros al máximo —pidió Thaw—. No queremos que nos ensucie la chapa, ¿verdad?

—No tardarán en tenernos a tiro —anunció Nahie.

—Es el Inquisidor —dije yo, sintiendo su presencia.

—¿Cómo dices? —preguntó Thaw.

—El Inquisidor Imperial. Nos hemos enfrentado a él en la casa de Kym, allá abajo.

—¿Te refieres a ese tal Vader? —ladró Nahie con una mezcla de ira y terror.

—No, gracias a la Fuerza. Según he visto en la HoloRed, Darth Vader es un Lord Sith que sirve al Emperador Palpatine, exterminando a los Jedi supervivientes.

—Como tú.

—Sí, como yo. Pero, al parecer, es imbatible. Mucho más poderoso que cualquier Jedi. Por suerte, este Inquisidor ha sido más fácil de vencer.

—Has tenido suerte.

—En mi experiencia, la suerte no existe. La Fuerza estaba conmigo —le corregí—. De otro modo, no hubiéramos podido escapar con vida y medianamente ilesos. El Inquisidor no es un enemigo al que tomar a la ligera. Si está al servicio del Emperador es que es uno de los mejores.

—Y viene a por ti.

—Sí. Ya he vencido a uno, pero puede que vengan más. Me esconderé en algún planeta remoto y esperaré hasta que los Jedi podamos volver a reunirnos. Quizá lo mejor sea no involucraros más.

—¿No involucrarnos más? No me vengas con pamplinas, Delan. Estamos juntos hasta el final. Además, ¿dónde ibas a estar mejor que con nosotros?

Mi respuesta fue una sonrisa de gratitud, pues, aunque su respuesta podía haber sido de esperar, Thaw hablaba completamente en serio.

—Dejaos de sensiblerías. Ahí vienen.

Nahie tenía razón. La lanzadera inquisitorial se acercaba cada vez más y nos empezaba a acorralar entre ella y los destructores imperiales.

—No pongas esa cara, Delan. Allá abajo hemos comprado un par de torretas láser que nos van a ser muy útiles… ¿Quieres intentarlo?

—Buena idea. ¿Dónde las habéis instalado?

—Garrune te lleva hasta allí —dijo Thaw, haciéndole una señal al gungan.

Salimos de la cabina, iluminada intermitentemente por los disparos de los turboláser de los destructores imperiales a los que nos acercábamos inexorablemente, añadidos ahora a los procedentes de la lanzadera imperial, que fallaban por poco. Fuera, los caamasi andaban inquietos, hablando entre sí, preocupados por el destino de su planeta. Caamas estaba siendo bombardeado desde la órbita y sólo la Fuerza sabía en qué lo iba a convertir el Imperio.

—¡Están destruyendo nuestro hogar! —dijo uno mientras salíamos de la sala principal de la nave, donde estaban todos reunidos.

—¿Qué será de nosotros ahora? —se lamentó otro, al cruzar el umbral de la compuerta.

Quise pararme a tranquilizarles, pero no había tiempo que perder.

Teníamos que llegar cuanto antes a las torretas láser para defender la nave de nuestros perseguidores. Por suerte, no las habían instalado muy lejos de la cabina de control. De

todos modos, no fue fácil llegar hasta ellas, ya que los pasillos de la nave se encontraban abarrotados de cables y aparatos a medio montar pues, con las prisas de la partida, a Garrune y a su droide no les había dado tiempo para instalarlo todo.

A duras penas, conseguí llegar y sentarme en aquella pequeña cabina que debía de haber pasado por muchas manos antes de llegar a las de Thaw.

No esperaba que oliera a nuevo, dado el poder adquisitivo del calamari, pero tampoco que tuviera un aspecto tan usado y oxidado. Aún así, parecía funcionar a la perfección, como demostraban las lecturas, que indicaban la posición, no sólo de la lanzadera imperial, sino también de un escuadrón de cazas TIE que se acercaba desde el destructor imperial que teníamos enfrente.

—¡Escuadrón de cazas imperiales a las 12! —grité por el intercomunicador, tras ponerme los auriculares.

—¡Lo sé! —respondió Thaw—. ¡Los hemos visto! Será mejor que te encargues de ellos. La lanzadera no es tan peligrosa, y Nahie ha concentrado los deflectores en la parte posterior del «Arrecife»… —Thaw hizo una pausa—. ¡Atención! ¡Cinco marcas en 2.10!

—Ya los veo —respondí. Déjamelos a mí. Yo trataré con ellos.

—Recibido. No seas muy compasivo.

Por toda respuesta, comencé a disparar contra el primer caza TIE que apareció en mi pantalla. No hubo suerte con él, pero un disparo perdido dio de lleno en el ala derecha de otro que iba justo detrás. En ocasiones, el concepto de «suerte» aparecía delante de mis narices para regocijo de Thaw.

Aún así, no tuve tiempo para meditar sobre ello, pues los otros tres cazas aparecieron en mi pantalla, en formación cerrada. Dejé que la Fuerza guiara mis movimientos y, en un abrir y cerrar de ojos, había destruido al trío al completo, sin apenas saber cómo lo había conseguido. Sólo quedaba uno, pero no tuve ocasión de acabar con él, pues regresó en desbandada al destructor del que había surgido.

—¿Se puede saber cómo has hecho eso? —preguntó Thaw por el comlink, incrédulo. Pude oír de fondo los ladridos y gruñidos de Nahie, que indicaban lo mismo.

—Mejor no preguntes —respondí—. Tú lo llamarías suerte.

—Eso me parecía… Por cierto, la lanzadera sigue justo detrás de nosotros.

—No la tengo a tiro, Thaw. Y supongo que no preferirás aminorar para reducir distancias.

—La verdad es que no.

—Pues acelera y sácanos de aquí.

Nahie debió oírme, pues la nave giró bruscamente, evitando al destructor que teníamos enfrente, y acelerando a velocidad de ataque. Casi podía oír a los oficiales imperiales dando órdenes sin parar…

Yo diría que nos acercamos demasiado como para llevar refugiados en la nave, pero no tanto como Nahie solía hacerlo. Así, cuando rebasamos al destructor, saltamos al hiperespacio. Fue entonces cuando volví al puente de mando.

Allí encontré al resto bastante más relajados, a excepción de Garrune, que seguía realizando conexiones e instalaciones por doquier, sin perder un segundo.

—¿Dónde está tu droide? —le pregunté.

—Losa estará en de las mákinaks, la sala, misa creo.

—Si consigues decir «sala de máquinas» por una vez, te lo agradecería, de verdad —le comentó Thaw con una sonrisa.

El gungan se volvió, orgulloso, y siguió a lo suyo, pasando junto a mí, mientras me acercaba a Thaw.

—Les has dado una buena, ¿eh? —me felicitó éste, palmeándome la espalda.

—Eso parece… —dije yo, mirando las lecturas de las pantallas y quedándome momentáneamente hipnotizado por el fulgor azulado del hiperespacio—. ¿A dónde vamos?

—A Alderaan —respondió Nahie, adelantándose a Thaw, que ya estaba abriendo la boca.

—Allí, los caamasi serán bien recibidos —aclaró el calamari—, y desde allí, podrán buscar transporte para otros sistemas, si es que no quieren quedarse.

—¿Qué hay de los que compraron su billete antes de que se corriera la voz del ataque imperial?

—Lo creas o no, todos querían viajar a Alderaan. Después, los demás venían buscando simplemente una salida del planeta, sin importarle mucho el destino, así que todos contentos.

—Pues no sabes cuánto me alegra oír eso —dije yo—. Además, Kym y yo tenemos que hacerle una visita a una profesora suya en la Universidad de Alderaan.

—¡Pues vaya casualidad! —se sorprendió Thaw.

—Ya ves —respondí sonriente—. Iré a ver cómo se encuentra Kym.

[GRABACIÓN 00.003.00]

—¿Estás segura de que es por aquí?

—Claro que sí, Delan —me aseguró Kym.

Llevábamos casi una hora estándar caminando por los numerosos y nacarados pasillos de la majestuosa Universidad de Alderaan. Para no ser un día lectivo, allí había muchísima gente, incluso de especies de las que ni siquiera había oído hablar.

—Teníamos que haberle preguntado a alguien el camino —insistí.

—No empieces otra vez —me pidió ella con una sonrisa—. Te aseguro que éste es el camino más rápido a su despacho.

Cruzamos otra compuerta y aparecimos en una sala tenuemente iluminada con varios asientos y tres puertas al fondo. En el rótulo luminoso de una de ellas ponía:

«Dra. Tak Seuna. Departamento de Arqueología del Conocimiento».

Kym puso su dedo índice sobre una plaquita oscura a la derecha de la puerta y unos acordes sonaron al otro lado. Con un leve chasquido, la puerta se echó a un lado, mostrando el abarrotado aunque ordenado interior del despacho. La doctora, una nautolana de piel color pistacho y rasgados ojos oscuros, ya se estaba levantando de su asiento tras el escritorio para recibirnos.

—¡Señorita Roonahdra! —le saludó con un abrazo—. ¡Cuánto lo siento! Al saber lo de su padre… lo de su familia… me temí lo peor. Lo primero que hice fue intentar contactar con usted, pero me fue imposible.

—Gracias… —dijo Kym, abrumada por el súbito pésame—. Supongo que ya me habrían arrestado.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la doctora.

—Bien… Mejor, gracias a mi amigo —dijo, señalándome— y sus compañeros. Él es Delan Paciel.

—Encantado —le saludé.

—El gusto es mío —respondió ella. Tras un silencio, me miró con interés—. Perdone mi impertinencia, pero… ¿Es usted un Caballero Jedi?

La pregunta fue totalmente inesperada. No obstante, presentí que podía confiar en ella.

—Lo cierto es que sí. ¿Cómo lo ha sabido?

—Después de tantos años investigando las tradiciones Jedi y su historia, resulta evidente que su atuendo es una adaptación de los típicos ropajes Jedi —comentó con unos elegantes movimientos de las manos—. Además, en confianza… Soy sensible a la Fuerza, y la suya es muy intensa.

Kym y yo nos miramos con expresión de sorpresa en las caras.

—¡Vaya, profesora! —dijo Kym—. Es usted una caja de sorpresas…

—Déjala que continúe, Kym. Presiento que aún tiene algunas guardadas.

La doctora Seuna asintió y nos invitó a tomar asiento mientras ella se dirigía al suyo tras el escritorio.

—¿Qué traéis en esa bolsa?

—Esperábamos que nos lo dijera usted —respondí yo, vaciando su contenido sobre el escritorio.

—Lo encontramos dentro de la caja fuerte de mi padre —aclaró Kym.

—Veamos… Un cinturón de accesorios completo… Una túnica Jedi… Un sable de luz… —la doctora Seuna se quedó mirando muy pensativa el resto de material—. Sí, esto aclara muchas cosas.

—¿A qué se refiere? —preguntó Kym, expectante.

—Tu padre y yo hemos sido compañeros desde antes de que tú nacieras. Nos conocimos aquí, en la Universidad de Alderaan. Él me ayudó muchísimo, tanto para adaptarme a este lugar como en mis investigaciones sobre los Jedi. Ahora entiendo cómo sabía siempre dónde buscar. Conocía perfectamente el camino.

—Entonces… ¿Mi padre fue un Caballero Jedi?

—Todo esto que me traes así lo confirma. Podríamos hacerle algunas pruebas de huellas digitales, restos de ADN y demás, pero no creo que sea necesario. El sable de luz tiene el estilo de tu padre. No cabe duda de que lo fabricó él mismo —alzó la mirada directamente hacia Kym—. Sí, tu padre fue un Caballero Jedi.

—¿Y no nos lo dijo nunca?

—Obviamente, quería protegeros.

—Entonces —intervine yo—, sabía que la Orden Jedi corría peligro desde hacía mucho.

—Eso parece. Me temo que nunca sabremos por qué no avisó al Consejo Jedi del peligro.

—Quizá esto aclare algunas dudas —concluí, extrayendo de mi túnica el holocrón—. Lo encontramos en el carguero imperial del que rescatamos a Kym. Por desgracia, no sabemos cómo activarlo.

—¿Habéis probado a encontrar un interruptor?

—Sí, y he usado la Fuerza, sin éxito.

—¿De alguna manera en especial?

—Pues no… Simplemente, concentrándome en activarlo.

—No creo que sea suficiente. De todos modos, el método de activación debe estar preparado para que usted —dijo, señalando con la mirada a Kym— sea capaz de hacerlo. Como hija de un Jedi, puede estar segura de que podrá usar la Fuerza.

—Pero yo… Yo nunca…

—¿Ha ocurrido alguna vez algo que no puedas explicar estando enfadada, asustada, o simplemente se cumplía algo que deseabas con todas tus fuerzas? —le preguntó la doctora nautolana con un guiño de complicidad.

Kym asintió, pensativa.

—¿Ves? Ahí lo tienes. Sólo necesitas algo de entrenamiento para poder controlar tu potencial. En cuanto al holocrón, sólo puedo decirte que pienses en algo que le gustaba a tu padre o algo especial para él, para poder encontrar una posible contraseña. Tómalo.

Kym cogió el holocrón con sumo cuidado y cerró los ojos.

De repente, la imagen holográfica de un hombre de unos cincuenta años apareció flotando sobre el holocrón, iluminando nuestros asombrados rostros con una tenue luz azulada.

Kym se quedó sin habla. Daba la sensación de que había conseguido realizar una llamada holográfica a su padre y que éste respondía desde el averno de la Fuerza. La imagen de su padre parpadeó unos instantes sobre el holocrón y, justo cuando Kym se atrevió a abrir la boca para hablar, éste se adelantó:

—Hola, hija. Si estás viendo esto es que algo grave ha sucedido y yo ya no sigo con vida. Sé que eres tú y que quien te rodea no supone peligro alguno para ti gracias a tu conexión con la Fuerza, por lo que hablaré libremente. En otro caso, puedes estar segura de que el mensaje hubiese sido bien distinto. —La imagen osciló suavemente mientras se colocaba bien la túnica, exactamente la misma que la que reposaba sobre el escritorio—. Ante todo, te pido disculpas por haberos ocultado a ti y a tu hermana mi identidad como Caballero Jedi. Como podrás imaginar, lo hice para protegeros. Siempre supe que un gran peligro amenazaba la Orden Jedi y que éste vendría tanto de sus propias filas como de los Sith. Por aquél entonces, tu madre y yo nos habíamos conocido en el Templo Jedi de Caamas, por lo que decidimos abandonar juntos la Orden y formar una familia a salvo de cualquier peligro que nos amenazaría de haber seguido entre los Jedi. No pienses ni por un momento que no hice el intento de advertir al Alto Consejo, pero al no poder identificar el origen y la causa de aquella amenaza fantasma, dado que el Lado Oscuro lo enturbiaba todo, no pudieron hacer otra cosa que permanecer alerta. Supongo que llegaron a olvidar mis presentimientos. El resto de la historia ya la conoces.

“Actualicé este holocrón justo antes de tu partida y lo escondí entre tu equipaje. Era una opción muy peligrosa, pero era necesario que supieras la verdad. Siento muchísimo todo lo que ha ocurrido. Te quiero —la imagen volvió a oscilar—. Si tienes alguna duda, sólo tienes que preguntar…

Kym no era capaz de alzar la mirada. Con lágrimas que bajaban por sus mejillas y entre sollozos, sólo podía seguir mirando la imagen que representaba a su padre.

La doctora Seuna y yo nos miramos, comprensivos. Cuando Kym se calmó un poco, preguntó al holograma:

—¿Eres mi padre?

—Soy el Guardián de este holocrón —se limitó a contestar éste.

Puse una mano sobre el hombro de Kym y le dije:

—Tu padre grabó sus experiencias y todo lo que sabía en este holocrón, por eso el Guardián tiene su voz y su apariencia. Es su esencia la que permanece en su interior, así que puedes considerar que es tu padre, si eso te hace sentir mejor.

Kym asintió, afligida pero repuesta.

—Papá —dijo, dirigiéndose al holograma.

—Dime, hija —contestó éste, cariñosamente.

—¿Qué puedo hacer ahora? El Imperio ha destruido Caamas y un Inquisidor nos persigue.

—En realidad, es a mí a quien… —comencé a decir, aunque Kym me paró con un gesto de la mano, sin dejar de mirar al holograma.

—Comenta un sabio alderaaniano sobre las estrategias del Jedi:

»Haz que tu enemigo crea que no conseguirá grandes recompensas si se decide a atacarte; así, disminuirás su entusiasmo.

»No te avergüence retirarte provisionalmente del combate si percibes que tu enemigo es más fuerte; lo importante no es la batalla aislada, sino el final de la guerra.

»Si eres lo suficientemente fuerte, tampoco te avergüences de fingirte débil; esto hará que tu enemigo pierda la prudencia y ataque antes de hora.

»En la guerra, la capacidad de sorprender al adversario es la clave de la victoria.

El holograma se quedó de nuevo en silencio y, al dejarlo sobre la mesa, se apagó. Kym se giró hacia mí y luego hacia la doctora Seuna.

—¿Por qué no ha respondido directamente?

—Como dijo antes Delan —contestó la doctora—, un holocrón responde de acuerdo con el conocimiento y los recuerdos almacenados en su interior, eligiendo el más apropiado para la consulta en cuestión. En este caso, ha elegido un pasaje de la primera versión del Código Jedi, de mucho antes de las Guerras Sith. Si queréis mi interpretación, os aconsejo que viajéis a un planeta alejado, en el Borde Exterior, donde el Inquisidor que habéis nombrado antes no os pueda encontrar.

—A Tatooine —pensé en voz alta—. Es pequeño, apartado y pobre.

—Me parece la mejor opción, sin duda —comentó la doctora—. No sé de otro planeta donde el Imperio se inmiscuya menos en los asuntos locales.

Os vendrá bien, pero tened cuidado.

—Lo tendremos, profesora —dijo Kym, mientras nos levantábamos de nuestros asientos.

—Si necesitáis cualquier cosa, contad conmigo, ¿de acuerdo?

—Muchísimas gracias por su ayuda, de verdad —le dije yo.

—Que la Fuerza os acompañe —nos dijo en voz baja, antes de abrir la puerta de su despacho.

[GRABACIÓN 00.004.00]

—¡La órdiga! ¡Cuánto tiempo, Delan! —me saludó Ram.

Fue toda una sorpresa ver al muun que me dio trabajo años atrás en Mu'un V, detrás de la barra de la cantina de Chalmun, en el puesto espacial de Mos Eisley, en Tatooine. Tardé unos instantes en recordar que mencionó algo sobre buscar trabajo allí tras la invasión de aquella colonia muun.

—La galaxia es un pañuelo, ¿verdad? —contesté, alargando mi mano sobre la barra y estrechándole la suya.

—¿Qué tal te va todo? ¿Has venido sólo? —preguntó extrañado, mirando en todas direcciones.

—No, no. El resto está en aquella mesa. Vengo a por sus bebidas.

—Reconozco a Thaw, solamente. ¿Quiénes son los demás?

—El wookiee es Naggadik, el gungan se llama Garrune…

—¿Y la humana? —preguntó con curiosidad y guiñándome un ojo, adelantándose a la presentación.

—Se llama Kymeire. Ha sido la última en unirse al grupo —le hice un breve resumen desde la última vez que nos vimos.

—Desde luego, mi vida es un bodrio comparada con las vuestras. Lo más emocionante que me ha pasado desde que me dejasteis aquí ha sido la vez que un par de jawas se emborracharon y se pegaron entre sí… Y la semana pasada, cuando Chalmun decidió instalar ese detector de droides en la entrada.

—Si, ya lo hemos visto. Nuestro droide ha tenido que volverse a la nave.

El otro camarero lo ha llamado «ser raro» o algo así.

—Ése es Wuher. No le gustan nada los droides. Entre otras cosas, porque no consumen y lo único que hacen es ocupar espacio —dejó de hablar y me habló en voz baja—. Pero yo no soy de esa opinión, ¿eh?

—No te preocupes. De todos modos, seguro que en la nave resulta más útil.

—Bueno… ¿Y qué tal te trata el calamari?

—Muy bien, la verdad. No me puedo quejar. Además, hemos formado una tripulación genial.

—Me alegro mucho, en serio. Yo tampoco me puedo quejar. Wuher me consiguió trabajo aquí y en cuanto consiga los créditos suficientes, montaré mi propia cantina. Espero que Chalmun no decida finalmente contratar a ninguna banda de música, porque no creo que me lo pueda permitir y no podría competir contra algo así. En fin, de momento me pagan bien —dijo con una sonrisa.

—Eso está muy bien. Te deseo lo mejor, ya lo sabes. Me diste trabajo y asilo. Si hay algo que pueda hacer por ti, cuenta con ello.

—Muchas gracias, Delan. Por ahora me las apaño muy bien —dijo, mientras terminaba de limpiar los vasos que le quedaban—. Y bien, ¿qué va a ser?

—Ponme una cerveza alderaaniana, un whisky johriano, una fresca de Coruscant, un matabanthas y, para mí, un estimcafé.

—¿Un matabanthas? ¿A estas horas?

—Es para el wookiee.

—Entiendo —dijo Ram con complicidad, girándose a por mi pedido.

Mientras preparaba las bebidas, eché un vistazo alrededor. Nunca había visto un lugar tan lleno de maldad y vileza. Junto a mí, un rodiano con malas pulgas pedía un daiquiri Lado Oscuro como quien pide un vaso de leche de bantha. Un poco más allá, dos quarren discutían acaloradamente. Si algo había allí, era variedad de especies, de eso no había duda. De momento, cada uno se metía en sus asuntos, que era lo más importante. Eso nos venía muy bien, si pensábamos establecernos allí. Thaw había propuesto alquilar un local barato y abrir una sede para su negocio, donde sus clientes habituales (normalmente de Tatooine, y más concretamente, de los círculos Hutt) podrían localizarlo fácilmente para cualquier encargo. Kym y yo nos encargaríamos de la administración.

Ram volvió con las bebidas, sacándome de mis ensoñaciones.

—Aquí tienes, Delan —dijo con una sonrisa.

—¿Cuánto es?

—¡Invita la casa, hombre!

—¡Vaya! ¡Pues muchas gracias!

—De nada, chaval… —concluyó él, mientras me alejaba hacia la mesa.

Allí me esperaban mis amigos con impaciencia, especialmente Nahie, a quien se le iluminó la mirada en cuanto vio que le traía su matabanthas. Nada más dejarlo sobre la mesa, lo cogió con sus manos peludas, relamiéndose los labios. Se proponía disfrutarlo lo máximo posible.

—¿Cómo es que has tardado tanto? —preguntó Thaw.

—No te imaginas a quién me he encontrado en la barra… —dije yo, misterioso.

—¿A Ram? —se aventuró Thaw.

—El mismo —confirmé yo.

—En cuanto termine mi copa, me levanto a saludarle, hombre.

—Se va a alegrar mucho de verte.

—Lo sé —respondió con una sonrisa.

—Misa creo mejor vuelvon a la nave… —dijo Garrune con un declarado estado de embriaguez. Se había tomado su whisky johriano de un solo trago y se le había subido a la cabeza con sorprendente rapidez. Tras titubear un poco, consiguió levantarse y se dirigió hacia la salida, haciendo eses y tropezando con todo tipo de obstáculos, estuvieran en su camino o no.

Kym aún no había probado su cerveza alderaaniana. Se había limitado a observar con el ceño fruncido su vaso en forma de tubo. De repente, dijo:

—Tengo un mal presentimiento.

—Ya lo hemos hablado —dijo Thaw—. Todo saldrá bien. El negocio irá de maravilla. Pero si preferís volveros a Alderaan…

—No es eso, Thaw —le explicó—. No es acerca del negocio.

—¿Entonces…?

Nahie levantó la vista de su vaso y dejó de beber para mirar con preocupación a Garrune, que entró de nuevo en la cantina como una exhalación, sin dar muestra alguna de estar bebido, y se acercó a la mesa.

Estaba cubierto de arena y polvo, y sudaba de puro nerviosismo.

—*¿Qué te ha pasado?* —le preguntó Nahie con ladridos nerviosos.

—¡Uno hombre espera fora a tusa, Delan! —El terror inundaba el rostro del gungan—. Losa damen esto para tusa.

Abrió mi mano y depositó en ella una insignia circular de broncio.

—Me ha encontrado —dije lo más serenamente que pude—. No sé cómo, pero me ha encontrado.

[GRABACIÓN 00.004.01]

Al salir de la cantina, la luz de ambos soles que se ponían me dio de lleno en la cara, cegándome por unos instantes. Entornando los ojos, pude ver que al otro lado de la calle un hombre me esperaba con los brazos en jarras. «Hay algo extraño en esos brazos», pensé. Pero también sus piernas eran extrañas. Al avanzar hacia él, pude distinguir más claramente su silueta y comprobé que, efectivamente, sus brazos y piernas no eran naturales, sino biónicas, con acabado en duracero en lugar de sintocarne. Un sable de luz colgaba del cinto, brillando al reflejar la luz de los soles.

Una extraña brisa cruzó la calle de lado a lado, al igual que un pequeño grupo de ratas womp.

Kym, Thaw, Naggadik y Garrune salieron de la cantina y contemplaron la escena sin saber qué hacer.

Una voz salió de aquella bizarra silueta:

—Volvemos a vernos, Paciel.

—¿Qué es lo que quiere?

—A usted. Muerto.

—Nos ha seguido… Todo este tiempo nos ha seguido… Los problemas y recursos que habrá supuesto. Tiene que haber algo más.

—Intentó matarme, Paciel. Y casi lo consigue. Me cercenó mis brazos y piernas. Hubiese preferido morir, en realidad. Tuve que convencer a mis tropas de que había muerto tras las operaciones, para así evitar la ira del Emperador. Por supuesto, antes de eso me procuré un tanque de bacta y estos nuevos miembros mecánicos, más potentes que los anteriores de carne y hueso. Éstos no sienten dolor, Paciel. Estoy deseando devolverle el favor.

—¿Algún problema, Delan? —dijo Thaw, poniéndose junto a mí y activando su bláster. Nahie y Garrune hicieron lo propio, al igual que Kym, quien activó el sable de luz de su padre.

—Oh, vamos, caballeros… y señorita —dijo el Inquisidor—. No lo hagan más difícil. Esto es entre Paciel y yo. No tienen por qué morir también. Al menos, de momento.

—Me temo que estamos juntos en esto, caballero —respondió Thaw.

—Como deseéis… —contestó el otro, casi con un gruñido, activando su sable.

A nuestro alrededor se había congregado una marabunta de seres de todas las especies, desde jawas a givin.

—Apartaos, por favor —les pedí a mis amigos.

—Delan… —dijo Kym.

—Hacedme caso.

Dudaron unos instantes, pero finalmente accedieron. Sabía que si me veían en problemas, no dudarían en saltar en mi ayuda.

Garrune salió corriendo, presa del pánico, sin rumbo fijo al ver que el Inquisidor se abalanzaba en nuestra dirección con el sable en ristre.

—¡No puedes escapar a tu destino! —gritó en el instante en que las hojas de nuestros sables chocaban entre sí.

—Éste no es mi destino —repliqué yo, empujándole hacia atrás con ayuda de mi sable, aún en contacto con el suyo.

La fuerza y velocidad de sus movimientos se había incrementado gracias a sus miembros biónicos, pero no así su control sobre la Fuerza, que parecía haberse mermado considerablemente. Al menos, ya no podría usar los rayos de Fuerza, lo cual facilitaba mucho las cosas.

—Sabe tan bien como yo que sus músculos no tienen nada que hacer contra los servomotores de mis articulaciones mecánicas —dijo el Inquisidor.

Sus mandobles no buscaban otra cosa que eliminarme rápidamente, con tajos laterales a diversas alturas. Tenía razón: A esa velocidad, me agotaría rápidamente.

Intenté cambiar las tornas y empezar yo a atacar, en vez de simplemente defenderme. Fue en vano. El odio del Inquisidor estaba totalmente focalizado sobre mí y no tenía escapatoria. Mis amigos miraban, nerviosos, buscando cualquier expresión de súplica en mi mirada para ayudarme y lanzarse a atacar.

—Acepte su derrota, Paciel. Resistir es inútil.

Desesperado, lancé una patada a una de sus piernas, consiguiendo únicamente sentir un enorme dolor en mi pie al contacto con el duracero. No pude evitar dejar escapar un grito de dolor. Con la distracción, me agarró con una mano y me lanzó a siete metros de distancia por los aires. Caí en el suelo arenoso, que amortiguó levemente mi aterrizaje. Las piedras del suelo desgarraron mis ropas y me produjeron varias heridas. Había perdido mi sable durante el inesperado vuelo.

El Inquisidor, airado, se acercó hacia mí dando grandes zancadas. Podía notar perfectamente la vibración que producía al acercarse. Giré sobre mí y, usando la Fuerza, atraje hacia mis manos un bláster de las manos de un shistavanen que se encontraba cerca de allí. Acostado aún sobre la arena, apunté hacia el pecho del Inquisidor.

Algo más allá de aquella ominosa figura llamó mi atención. Una nave se acercaba hacia nosotros. Una nave que conocía perfectamente.

El Arrecife de Diamante.

Descendió lo suficiente como para que, quienquiera que estuviera en la torreta láser de la panza de la nave, decidiera que estaba a suficiente distancia como para realizar un disparo certero.

Y así fue. De un solo disparo, el Inquisidor cayó abatido en la arena, con un quejido ahogado y el sonido del sable apagándose.

Mis amigos corrieron hacia mí, para ayudarme a levantarme.

Alcé la vista y, mientras el Arrecife se alejaba para aterrizar cerca, por la cristalera de la torreta láser vi al autor de aquel afortunado disparo, saludándome con una amplia sonrisa: Garrune, el gungan.

[GRABACIÓN 05.000.00]

Volvimos a Alderaan hace casi veinte años.

Tras el incidente con el Inquisidor, no quisimos arriesgarnos a que nos encontraran más como él en territorio hostil. Kym decidió pedirle trabajo a la doctora Seuna en la Universidad de Alderaan y yo me puse a trabajar como curandero. Poco después, nos casamos y desde entonces vivimos con nuestra hija, Isyl'me, en una casa muy parecida a aquella en la que vivía con su familia, en Caamas.

No hemos vuelto a tener noticia de ningún otro Inquisidor o agente imperial. El Virrey Organa los mantiene alejados como puede, ofreciendo refugio a disidentes y refugiados políticos que en otro sitio estarían a merced de las garras imperiales. No sé durante cuánto tiempo podrá mantenernos a salvo.

En cuanto a Thaw y los demás, siguen trabajando como contrabandistas. Nunca les ha ido mal el negocio, la verdad. Al menos, no peor que al resto de compañeros del gremio, claro.

Todavía me cuesta asimilar el hecho de que le debo la vida a un gungan que le debe la vida a un wookiee, quien a su vez le debe la vida a un calamariano. Espero poder devolverle algún día el favor a Garrune.

Dentro de un par de horas, partirán en el Arrecife de Diamante después de visitarnos, como suelen hacer de vez en cuando. Ésta vez, llevarán consigo este holocrón, que antes perteneció al padre de Kym. He almacenado en él toda la información que me ha proporcionado la doctora Seuna sobre los Jedi.

Ésta será mi última grabación.

He encargado a Thaw la misión de buscar a otros Jedi supervivientes y entregarle este holocrón. Nuestra hija ha decidido acompañarles en su búsqueda.

Sé que existen. Darth Vader no ha podido cazarlos a todos.

Y sé que llegará el día en que retornen los Jedi, en que el Imperio sea derrocado y exista de nuevo luz en la Fuerza.

De momento, no hay buenas noticias. Hemos oído rumores de que Darth Vader ha capturado a la hija de Bail Organa y no sabemos a dónde llevará todo esto.

Tengo un mal presentimiento…

Que la Fuerza nos acompañe a todos.

[FIN DEL ARCHIVO]

Para cualquier comentario relativo a esta historia, escribe a gardek_mon@hotmail.com